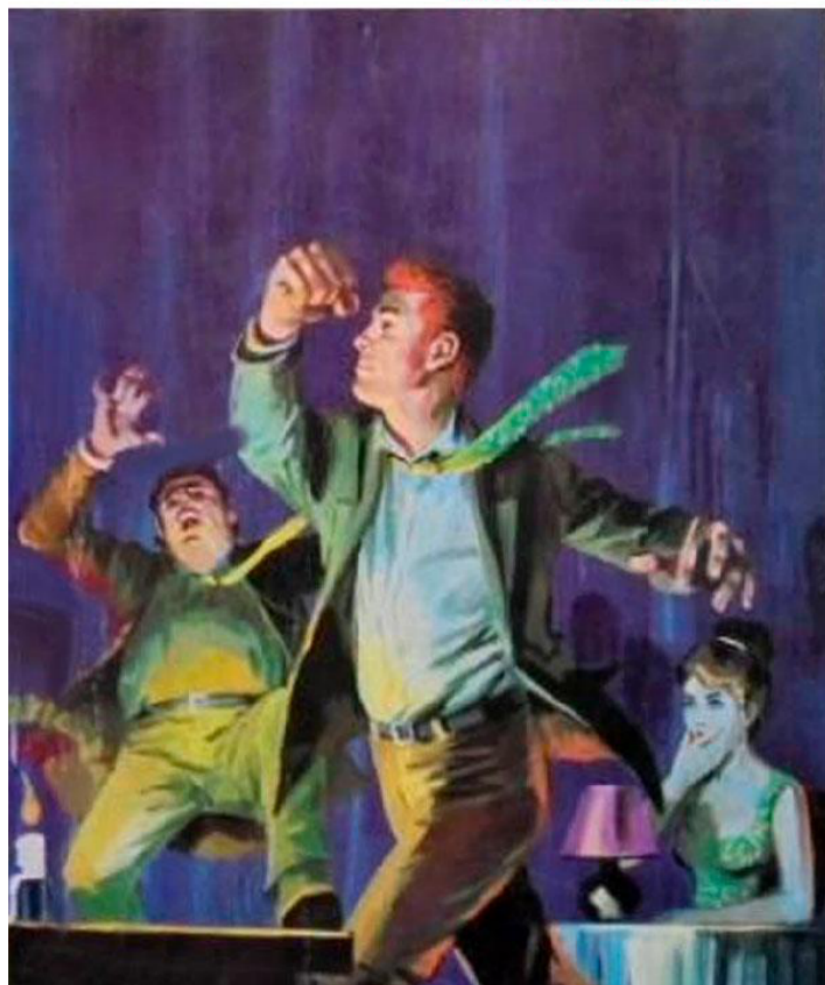




¿queréis guerra?

Frank McFair



COLECCION

PUNTO ROJO



FRANK MCFAIR

¿QUEREIS GUERRA?

Colección **PUNTO ROJO** n.º 497

Publicación semanal

Aparece los **SABADOS**



EDITORIAL BRUGUERA, S. A.

BARCELONA - BOGOTÁ - BUENOS AIRES

CARACAS - MÉXICO - RIO DE JANEIRO

Dépósito legal: B 35.688 - 1971

Printed in Spain - Impreso en España

1ª edición: noviembre, 1971

© FRANK McFAIR, 1971
sobre la parte literaria

© JOSE TRIAY, 1971
sobre la cubierta

Concedidos derechos exclusivos a favor
de Editorial Bruguera, S.A.
Mora la Nueva 2, Barcelona (España)

Impreso en los Talleres Gráficos de **Editorial Bruguera, S.A.**
Mora la Nueva, 2 - Barcelona - 1971

Todos los personajes y entidades privadas que aparecen en esta novela, así como las situaciones de la misma, son fruto exclusivamente de la imaginación del autor, por lo que cualquier semejanza con personajes, entidades o hechos pasados o actuales, será simple coincidencia.

ULTIMAS OBRAS DEL MISMO AUTOR
PUBLICADAS POR ESTA EDITORIAL

En Colección BISONTE:

1.223. — Siete sillas de montar.

En Colección PUNTO ROJO:

494. — Al borde de la fortuna.

En Colección SERVICIO SECRETO:

1.103. — No hay reglas en el juego.

En Colección BRAVO OESTE:

530. — Sólo una india muerta.

En Colección KANSAS:

697. — Allí, donde el oro brilla.

En Colección CALIFORNIA:

769. — Desde el mundo de las sombras.

En Colección ASES DEL OESTE:

628. — De una misma sangre.

En Colección BUFALO:

767. — Cabalga más despacio, Muerte.

En Colección COLORADO:

718. — Los Donovan presentan batalla.

En Colección BISONTE SERIE AZUL:

41. — Balada junto a la hoguera.

CAPÍTULO PRIMERO

«Tu padre ha sufrido accidente grave. Ven pronto.
Judy».

Slattery dejó el telegrama sobre la mesa y cerró los ojos. Un accidente... Eso podía querer decir cualquier otra cosa. Incluso que... ya estaba muerto. Como independiente de su voluntad, su mano fue hasta el teléfono y lo descolgó.

—Póngame con Prescott, en Arizona —dijo.

—Número, ¿por favor?

Sí, ¿qué número? En este momento no lo recordaba. Sujetando el teléfono con el hombro, buscó en su agenda. Sí, ése era. 3420.

—Treinta y cuatro veinte, señorita. Por favor, es urgente.

Hubo una serie de estáticos, de clavijas y de voces en voz baja. Luego, la voz de la telefonista, de nuevo.

—Lo siento. No contestan.

—Insista, señorita, por favor. Mi número es...

Le dio el número del periódico.

—Escuche, señorita. Estaré aquí una hora más. Insisto, y si logra la comunicación, pásamela a este número, ¿quiere?

—Lo haré, señor.

Slattery se puso en pie, y con el telegrama en la mano, se fue hacia el despacho del redactor jefe.

—Escucha, Slattery —oyó nada más abrir la puerta—. Quiero esa entrevista dentro de dos ho...

Su voz fue decayendo al ver la cara de Slattery.

—¿Ocurre algo, Jim?

Jim Slattery dejó el telegrama sobre la mesa. El redactor jefe lo leyó.

—Lo siento, Jim. ¿Qué diablos le ha ocurrido a tu...?

—No lo sé, Mac. Pero mi prima no me enviaría «esto» si no fuera

verdaderamente grave la cosa. Escucha, Mac, necesito que me adelantes mi permiso.

—¿Tu permiso? Al diablo, ya lo disfrutaste. Lo que necesitas es un permiso extra. Lo demás puede esperar.

—En cuanto a la entrevista con Honeywell...

—Lo hará otro. Enviaré a Lannigan. No lo hará como tú, pero... al diablo. Ya nos arreglaremos. Jim...

Se puso en pie y colocó su pesada mano sobre el hombro de Slattery.

—Jim, no necesito decirte... Tu padre y yo éramos *así*.

Colocó juntos los dos pulgares.

—Lo sé, Mac.

—Aprendí el oficio con él, en su periodiquito como decía. Cristo, Jim, es uno de los periodistas más grandes que he conocido, aunque nunca quisiera venir al Este. Me gustaría ir contigo, Jim, y si lo necesitas...

—Gracias, Mac, sé lo que erais Dad y tú. Por el momento lo único que quiero es que me eches una mano en lo del permiso.

—No hay problemas, Jim. Vete y, por Dios, que no sea nada lo del viejo. ¿No sabes nada más que esto?

Señalaba el telegrama.

—Ni una palabra más. He puesto una conferencia de largo alcance, pero no sé si llegará a tiempo. Voy a coger el avión de las doce treinta y cinco.

—Vete hacia el aeropuerto. Yo llamaré para hacerte la reserva de pasaje. Y... Jim, ¿necesitas dinero?

—Tengo. Pero si necesitase algo más, te lo haría saber.

—Con entera confianza, Jim. Ya sabes que el jefazo te aprecia.

—Ya puede, el condenado negrero. Me paga la mitad de lo que valgo.

—No te preocupes ahora de eso, condenación. Corre al aeropuerto.

—Le dije a la telefonista que esperaría una hora porque no lograba comunicar con mi prima.

—Yo cogeré el recado y te lo envío al avión. Tú, lárgate, no lo vayas a perder.

Media hora más tarde estaba en el aeropuerto de Idlewild. Recogió el pasaje reservado para Tucson, y poco después emprendía

el vuelo.

El mensaje de Mac lo alcanzó cuando volaban sobre Indiana. La camarera se lo trajo, al tiempo que una taza de café.

Era escueto:

«Judy dice que no puede añadir nada. He hablado con ella. Parece asustada. Suerte, chico».

Slattery reclinó la cabeza en el respaldo. Desde donde estaba, la camarera del avión podía ver un pelo rojizo, una barbilla voluntariosa y una nariz aquilina. El conjunto la indujo a ofrecerle una segunda taza de café que fue rechazada.

Llegaron a Tucson a las once de la noche. Y allí tuvo ocasión de ver Slattery que la larga mano de Mac llegaba a todas partes y que el viejo, como lo llamaban todos, pese a que no hubiese cumplido aún los cincuenta, pensaba en todo.

Un joven lo esperaba con un coche a la salida del aeropuerto.

—¿Slattery? Soy Toomey, de la agencia

I. B. S.

Hemos recibido un comunicado de su periódico. Como suponían que llegaría usted demasiado tarde para alquilar un coche, ahí afuera tengo el mío. Yo lo llevaré a Prescott.

—Gracias, Toomey. ¿Saben ustedes algo acerca de mi padre?

—¿Era su padre? Lo siento, muchacho.

Slattery apretó las mandíbulas. Fue la única muestra de emoción.

—¿Por qué, Toomey?

—Bueno, Slattery, la cosa se acabó.

—¿Ha muerto? —La pregunta era inútil, pero algo tenía que decir.

—Sí. Lo hemos sabido hace dos horas. También nosotros estábamos en contacto con Prescott. Todos conocíamos, aunque sólo fuera de oídas, al viejo Slattery. Perdona.

—No se preocupe.

Toomey había lanzado el coche a toda la velocidad permitida por el municipio. Pero en cuanto comenzaron a clarear las casas, apretó el pedal.

—Ha causado una gran sensación. Todos lo lamentan mucho, Slattery.

—Gracias.

—Si prefiere ir en silencio...

—No es eso, Toomey. Pero lo que quisiera es oír algo acerca de lo que le ocurrió a mi padre.

—Pues... hemos enviado un redactor. El fue quien nos comunicó la muerte en cuanto se produjo. Esperábamos más aclaraciones para dentro de un rato.

—¿Qué le ocurrió?

—¿No lo sabe?...

Toomey se volvió asombrado hacia su compañero.

—No tengo ni idea. He estado volando casi todo el día.

—Comprendo. Slattery, la cosa es... repugnante. Puede creerme y no me gusta ser yo quien le dé la noticia.

—¿Qué ocurrió, Toomey?

Toomey apretó las mandíbulas y tragó algo.

—Le enviaron un paquete. Al menos eso es lo que se cree. En el paquete, algún hijo de perra había puesto algo... algo de gran fuerza explosiva.

Slattery cerró los ojos. —Y supongo —dijo—, que nadie sabrá quién lo hizo.

—Pues... creo que la policía está investigando, pero... hasta ahora no hay nada. Nuestro hombre nos enviará algo dentro de poco, pero llegaremos nosotros antes, probablemente.

El coche rodaba ahora por el desierto. La pista brillaba a la luz de la luna como una cinta plateada.

Toomey apretó el acelerador y alcanzó las cien millas.

—Llegaremos en seguida, Slattery.

Luego, después de un silencio.

—Su padre era un gran tipo, Slattery.

—Gracias.

—Y sepa que estamos todos con usted. Todo lo que podamos hacer...

—Gracias de nuevo, Toomey. Lo que me estoy preguntando es... ¿por qué?

—Eso... lo sabrá el asqueroso hijo de mala madre que lo hizo.

Los faros de los coches que se cruzaban con ellos pasaban como relámpagos. Adelantaron varios camiones y algunos turismos, pasando a su lado como si hubieran estado quietos.

—¿Saben ustedes algo más, Toomey?

—Palabra que no. De ser así, el redactor jefe de la agencia me lo hubiera dicho para que le pasara el dato. Quizá el tipo al que enviamos, pero no es seguro.

—Gracias.

Llegaron a Prescott en menos de media hora, y eso porque tuvieron que parar ante un control policíaco. Un oficial con uniforme gris perla metió la linterna por la ventanilla.

—Documentación.

—Prensa —dijo Toomey exhibiendo su carnet—. ¿Ocurre algo?

—A ustedes, nada —respondió el oficial después de examinar la documentación—. Usted, ¿también es periodista?

—Lo soy.

Le enseñó su carnet. A la vista del apellido, sus ojos se entornaron ligeramente.

—¿Slattery? ¿Es usted pariente de Tob Slattery?

—Hijo. Era su hijo.

—Ya. Bien, pueden continuar.

—Usted es un agente del *sheriff*, ¿verdad? —pregunto Slattery.

—Sí.

—¿Hay algún policía entre ustedes?

—No. Tenemos orden de revisar todos los vehículos, tanto los que entran como los que salen de Prescott. Pero no hay policías aquí. ¿Por qué?

—Quería preguntar si se sabe algo nuevo.

—Yo, al menos, lo ignoro. Pueden continuar.

Pasado el control tardaron unos minutos en llegar a Prescott. Las calles estaban iluminadas y coches policíacos las recorrían lentamente, con los rotatorios encendidos.

—Al hospital, ¿verdad? —preguntó Toomey.

—Sí. Después, si quiere, puede volver a Tucson, Toomey. Y gracias por todo.

—Oh, la agencia me ha dicho que permanezca a su disposición.

—Puede volverse.

—Gracias.

Llegaron al hospital. Apenas el coche se detuvo en la puerta, cuando una mujer bajó los escalones corriendo. Slattery llegó a tiempo para cogerla en brazos.

—¡Jim! ¡Oh, Jim!

Lloraba. Slaterry le dio unas palmadas en la espalda.

—Calma, Judy, calma. Ya estoy aquí.

—¡Oh, Dios...!

Se limpió las lágrimas. Luego alzó la cara.

—Vamos adentro, Jim.

En el vestíbulo, Jim la miró. Hacía exactamente cuatro años que no la veía. Desde la última vez que estuvo en Prescott. Judy debía tener... veintiuno o veintidós, pensó vagamente. Y era una hermosa muchacha. Alta, fuerte, de piernas torneadas y caderas anchas.

—Estás muy hermosa, Judy —dijo empleando el diminutivo que usaba corrientemente—. Y ahora...

—Supongo que no querrás... verlo, ¿verdad?

—No lo sé. Lo que quiero es hablar con el médico.

—Es aquél.

Un hombre de pelo canoso se acercó, cojeando. Tenía lentes montados al aire y aspecto inteligente.

—¿Míster Slaterry? Lo esperábamos. Su director nos telefoneó.

—¿Qué fue, doctor?

—Algo feo, míster Slaterry. Creo que una bomba de plástico, o algo así. La policía se lo podrá decir mejor.

—¿Está aquí la policía?

—Sí. Teniente, ¿quiere venir?

El hombre que había estado hablando con él, acudió. Era alto, sanguíneo y con poco pelo en la cabeza.

—Hola, Slaterry. Supongo que se acordará de mí. Era sargento la última vez que estuvo usted aquí. Por cierto, que le puse una multa por aparcamiento indebido. Me llamo Kommas.

Slaterry le estrechó la mano.

—Venga y hablaremos, Slaterry.

—Supongo que mi prima podrá venir con nosotros.

—Por supuesto, por supuesto.

Los llevó hasta el despacho del doctor. Éste los acompañó pero se quedó cerca de la puerta, sin intervenir en la conversación.

—¿Se sabe quién fue, teniente?

—No, muchacho.

—¿No tienen ninguna idea?

—Ni la menor idea. —Mi padre no tenía enemigos, teniente.

El teniente jugueteó con su bolígrafo.

—Usted falta de aquí, ¿cuánto tiempo, Slattery?

—Cuatro años.

—Cuatro años. Sí, en cuatro años pueden ocurrir muchas cosas. Su padre, Slattery, se había creado algunas enemistades.

—¿Sí? ¿Cuáles? —Slattery estaba sorprendido. Sintió en la suya la mano de Judy y la estrechó.

—Pues... algunas personas no lo querían bien.

—¿Sí? —repitió Slattery—. ¿Quiénes?

—Quiero que me entienda bien, Slattery. He dicho que no lo querían bien, no que fueran a ser capaces de enviarle una bomba de plástico.

—Pero alguien lo hizo, ¿no?

—Sí, por cierto, pero naturalmente, no esas personas.

—Teniente —dijo Slattery después de respirar profundamente—. Usted está tratando de darme algo a entender. Ganaremos tiempo si me lo dice de una vez.

—No es tan fácil, Slattery. No es tan fácil. Quiero decir que su padre, últimamente, se había hecho con algunas enemistades. Su padre, muchacho, era un hombre idealista.

—¿Me lo dice a mí, teniente?

—Sí, se lo digo. Y los idealistas mueven el mundo y todo eso, pero a veces, no saben separar la realidad de sus fantasías.

Slattery encendió lentamente un cigarrillo. A su lado, Judy le sacó otro del paquete. Se lo encendió también.

—Bien, teniente. ¿Por qué se enemistaron esas personas con mi padre, y quiénes eran? Eso es lo que me interesa por el momento.

—Un momento, Slattery. Naturalmente yo no conozco los nombres de esas personas.

—Pero sí que mi padre estaba enemistado con ellas. ¿Cómo? El teniente parecía incómodo.

—Porque... Bien, esas cosas se saben.

—¿De veras? Así, en bloque, ¿no? Que uno tiene enemigos, pero no quiénes. Teniente, me parece que estamos jugando al bonito juego de la gallina ciega. Damos manotazos al aire, pero sin tocar a nadie. Bien, vamos a enfocarlo de esta otra manera. ¿Por qué esas personas se habían enemistado con mi padre? La última vez que yo estuve aquí no me habló de nada de eso.

Judy habló por primera vez:

—He estado esperando para ver si el teniente te lo decía, Jim, pero ya que no hace más que dar vueltas en torno a la pelota de papel, te lo voy a decir: Tu padre quería comenzar una campaña de saneamiento de la ciudad.

—Bueno, eso lo dice usted, *miss* Slattery.

—Y ustedes lo sabían, teniente.

—¿Nosotros? Nosotros sólo sabíamos de rumores. Y la policía sólo hace caso de los hechos, no de los rumores insensatos.

Judy pareció ir a hablar. Luego, cerró la boca firmemente.

—Bien —dijo Slattery—. Así que mi padre quería comenzar una campaña de saneamiento. ¿Contra quién?

—Pues ya le digo que era una cosa vaga. Mire, Slattery, en todas partes hay manzanas podridas. Pero eso no quiere decir que Prescott sea un lugar peor que otros. Por el contrario, yo diría que es mejor que muchos.

Miro a Jim rectamente a los ojos. Su cara parecía el vivo retrato de la honestidad y de la sinceridad. Tamo, que Jim entornó los ojos. Nadie parece nunca completamente sincero, excepto los viejos amigos. Y Kommas no era un viejo amigo suyo.

—Mire, Slattery: su padre, simplemente, creyó que las cosas estaban en la ciudad peor de lo que en realidad están. Vino a nosotros y nos habló de una campaña destinada a limpiar la ciudad. Le escuchamos, y aprobamos sus palabras, pero le dijimos que la cosa no era tan mala, que no había motivos para preocuparse, y que, si alguna vez llegaba a haberlos, nosotros mismos le pondríamos coto a la cosa. ¿Comprende?

—Comprendo. «Métase en sus asuntos, déjenos a nosotros, Slattery», le dieron a entender.

—No lo enfoque de esa manera. No era ésa nuestra intención, ni mucho menos. Sólo queríamos evitar disgustos, e impedir que los forasteros pudieran sentirse molestos en la ciudad. Ya sabe usted que el turismo es una de las fuentes de riqueza de Prescott. Eso lo sabe todo el mundo.

—Comprendo —respondió Slattery siempre con la misma voz—. Y mi padre, ¿qué hizo?

—Ya le he dicho que pareció sentirse un poco molesto. Se marchó, diciendo que lo haría, pese a todo.

—Y, ¿lo hizo?

—Pues, comenzó, sí. Algunas personas que se sintieron tocadas o aludidas, protestaron. Una de ellas incluso le puso un pleito.

—¿Quién? Porque eso sí me lo podrá decir, teniente.

—El concejal Myers.

—Es extraño —dijo Slattery lentamente—, que mi padre no me lo dijese jamás. Todo esto comenzó, hace, ¿cuánto tiempo?

—Año y medio, un poco menos, quizá.

—Yo hubiera podido echarle una mano desde el Este. Mi periódico es fuerte y no se echa atrás en una cosa así.

—El Este... —dijo Kommas, y había un cierto tono de desprecio en su voz—. Allí sí que se puede encontrar corrupción. Allí se podrían emprender algunas buenas campañas de saneamiento, pero al parecer nadie lo hace. Se buscan las ocasiones en una ciudad pequeña, como ésta, y se mete el diente a asuntos claros. Se pueden tergiversar con un poco de habilidad, y más teniendo un periódico a su disposición.

Comprendió que se le había ido la lengua. Cerró la boca. Slattery lo miraba fijamente.

—¿Qué está diciendo, teniente? —preguntó con lentitud.

—Nada, no quise decir sino que en todas partes hay gente buena y mala.

—No, teniente. Ha dicho que mi padre se pensaba aprovechar de su condición de editor de periódico para hacer lo que quisiera, ¿no?

—No he dicho eso.

—Míster Slattery —dijo de pronto el médico—, ¿quiere ver a su padre?

—Sí, doctor, gracias.

—Quiero que vea que hicimos todo lo posible por él. Lo tuvimos en la camilla de operaciones seis horas, pero nada podía hacerse.

—Lo creo, doctor. Vamos, Judy. Teniente, ya seguiremos hablando de todo esto en alguna otra ocasión.

—Seguro —respondió el teniente, evidentemente aliviado—. Cuando quiera, Slattery.

CAPÍTULO II

Los dos jóvenes estaban ahora en el coche, fumando. Hacía casi diez minutos que habían salido del hospital y ninguno de ellos había dicho una palabra. La muchacha estaba frente al volante, pero no había intentado ponerlo en marcha.

Fue Jim el primero en, hablar.

—Buscaré un hotel.

—¿Por qué no vienes a casa? Es la tuya, Jim.

Cuando los padres de Judy murieron en un accidente de aviación, el padre de Jim recogió a la niña. De esto hacía ya quince años. Desde entonces habían vivido juntos.

—Sí, supongo que es mía también. Es curioso, siempre he pensado en ella como si fuese tuya, Jud. No sé por qué, no me lo preguntes.

Y luego, de pronto:

—Jud, Jud, ¿por qué?

La joven se volvió hacia él y golpeó el volante con ambos puños.

—Ese maldito teniente... Jim, no he querido hablar delante de él. No serviría de nada. Prefiero hacerlo a ti y a solas.

—¿Qué es ello, Jud?

—Vamos a casa. Beberemos algo y te lo explicaré... Lo que sé, naturalmente. Tu padre no me puso al tanto de todo, por supuesto.

La casa estaba en Rocamore Street. Un *cottage* de dos pisos, pintado de un amarillo claro, y con un porche delante de la puerta. El jardín no era grande, pero sí bien cuidado.

La joven se estremeció de frío. El aire, por las noches, resultaba fresco.

Entraron y ella encendió la estufa eléctrica. Luego sacó dos vasos y una botella de *whisky*.

—¿Quieres comer algo, Jim?

Negó con la cabeza. No sentía apetito alguno. No, después de

haber echado una ojeada a lo que quedó de su padre.

Bebió una copa, llena hasta el borde. El suave calor del alcohol se le metió en los huesos al momento.

—Jud, habla. Quiero que me lo digas todo.

—Sí, Jim.

Se sentó frente a él. Jim vio sus bien formadas piernas y ascendió la mirada hasta encontrar los cabellos rubio oscuros y los ojos azules de la mujer. Porque en ese preciso momento se dio cuenta de que su prima era una mujer, no una chiquilla.

—Verás, Jim. El tío era un idealista, como dijo ese teniente. Pero un idealista que procuraba ponerle bases a los castillos en el aire. Lo sabes.

Jim asintió.

—Pues bien, se había dado cuenta, lo mismo que todos, que Prescott estaba cambiando. Eso es inevitable. Todo cambia y Prescott no iba a ser una excepción. Pero los cambios aquí se sucedían demasiado aprisa y demasiado mal. Como un tumor canceroso. Y eso le dolía, porque quería a su ciudad. ¿Sabías que yo estaba trabajando con él, en el diario?

—Algo me dijo.

—Era su secretaria personal, desde que *miss* Murchison se despidió para casarse. Le pedí el puesto y lo obtuve. Un día, Jim, me miró y me dijo: «Jud, esto no me gusta. Alguien ha tomado Prescott por algo parecido a un cazadero de patos salvajes, y lo está ensuciando todo. ¿Sabías que hay tres veces más casas de 24 — juego que hace dos años? ¿Y que el número de mujeres dedicadas a la prostitución ha aumentado casi en un cien por cien?».

»Yo algo sabía de todo ello. Pero no tanto como él. Oh, había ido acumulando datos. Puso ante mis ojos estadísticas, fechas, números. Y el resultado, Jim, era asqueroso.

Hizo una pausa y tragó su *whisky* rápidamente. Jim la miraba con la cara impassible.

—Sigue.

—Me dijo que ya era hora de que alguien hiciera algo. Y si ese alguien no había aparecido hasta entonces, era quizá porque nadie había sacado el asunto a la luz pública. Y eso sí que podía hacerlo él.

Nueva pausa.

—A la mañana siguiente se fue a ver al alcalde y al comisionado de policía. Cuando volvió, sus ojos brillaron. ¿Sabes lo que quiero decir?

—Perfectamente, Jud. Sus ojos brillaban cuando estaba enojado. Era la única muestra de ello que daba, pero cuando yo era pequeño aprendí a no provocar nunca ese brillo.

—Exacto. Pues así estaba. Me miró, sacudió la cabeza y dijo: «Jud, mucho me temo que vamos a tener que hacerlo... solos». Poco después agregó que al alcalde se había mostrado esquivo y el comisionado lo mismo. «La situación no era grave. El índice de criminalidad tal vez un poco elevado, pero nada que pudiera preocuparnos... etc., etc.».

«Ese día tu padre se lo pasó en el despacho. Ni siquiera a mí me dejó estar con él. Cuando a la mañana siguiente me llamó, tenía preparado un editorial. No lo había hecho exhaustivo, no, pero era una auténtica bomba».

Al pronunciar la palabra se mordió los labios.

—Bueno, sigue. Las palabras no son las que hacen daño. —Lo mandó imprimir. Salió en la edición de la tarde. Y media hora más tarde comenzaron las llamadas telefónicas.

—¿Tienes a mano el diario de ese día?

—Sí.

—Luego me lo darás.

—Pero no fue el único, Jim. Las cartas eran unas de repulsa y otras de apoyo. Más de estas últimas. Pero las importantes eran las otras. Algunas firmadas, la mayor parte anónimas. Amenazándole.

—Llevo mucho tiempo en el periodismo, Jud. Lo sé.

—Tu padre no hizo caso. Continuó. Semanalmente lanzó su artículo. Y poco a poco, fue dando nombres. No todos al mismo tiempo, sino dosificándolos. Ahora, uno, un poco más tarde, otro. Y apoyaba sus acusaciones. Mandó a tres reporteros para conseguir más pruebas y las obtuvo. Pero a uno de los muchachos le partieron las dos piernas una noche. Un automóvil se salió de la calzada y lo arrolló. A otro lo esperaban en su casa dos desconocidos «con ánimo de robarle», como dijo la policía, y le dieron una paliza. Se marchó de la ciudad. El tercero presentó la dimisión hace sólo cinco meses.

»Tu padre decidió calmarse un poco. Esperar. Así lo hizo, pero hace tres meses una muchacha apareció muerta, a puñaladas, en

una calle. “Un crimen pasional”, dijo la policía. Pero tu padre recibió una carta anónima en la que el comunicante le decía lo que había ocurrido. Se había negado a formar parte de la cuadrilla de un rufián conocido, y éste la había castigado. Como la muchacha insistiera, había sido muerta. Tu padre publicó la noticia, citando al rufián.

Miró a Jim.

—Esa noche tu padre fue asaltado en la calle, cuando iba a entrar en el automóvil. Pero llevaba su viejo 32, que yo le había obligado a, coger. Disparó sobre uno de ellos y lo hirió, aunque al parecer, no gravemente. El otro huyó. No habían esperado esa oposición.

Encendió dos cigarrillos y dio uno a su primo.

—Un par de rateros, anunció la policía. Y hubo un par de incidentes más, pero se resolvieron por sí solos. Sólo las cartas de amenaza. Tu padre le envió fotocopias a la policía. Ésta anunció que buscaba a los desaprensivos, pero... Y eso fue todo hasta ayer por la mañana. Tu padre abrió el paquete en el despacho y éste voló, con todo lo que había dentro.

—¿Las pruebas también?

—Oh, no. Tu padre era un idealista, pero no un tonto, Jim. Las pruebas están guardadas en una caja fuerte.

—¿En cuál?

Ella alzó los límpidos ojos azules.

—Ni a mí misma me lo dijo, Jim. Me explicó diez veces que lo que no supiera no podría hacerme daño.

—Pero si ellos creen que lo sabes, la situación es la misma. Es decir, peor. Pueden atacar, pero nosotros no podremos defendernos.

—¿Nosotros, Jim?

—Nosotros, Jud. No pensarás que he venido para recibir el pésame de los atribulados ciudadanos, ¿verdad?

Ella cerró los ojos.

—No, no lo había pensado.

—Necesito esas pruebas, Jud. Y las voy a encontrar.

Ella tiró el cigarrillo. Jim se puso en pie y la cogió entre sus brazos.

—Y ahora, chiquilla, vete a la cama. Déjame los periódicos en los que aparecen los editoriales de papá y vete a la cama.

—No. Me quedaré contigo y los repasaremos juntos. Tal vez haya cosas que un hombre que ha pasado varios años fuera de Prescott no sepa. Yo puedo hablarte de ellas.

—De acuerdo. Prepara café. Mañana por la mañana voy a ir al periódico. Y lo voy a poner en marcha. Y nadie va a creer que mi padre ha desaparecido excepto porque los editoriales no serán tan buenos como los que él confeccionaba.

Pop primera vez, Judy sonrió entre lágrimas.

—Jim, ¿sabes que tu padre tenía una amiga?

Jim la miró sorprendido.

—¿Una amiga? ¿Quieres decir...?

—Una amiga, sí. Una amante, posiblemente, aunque nunca me lo dijo. Pero incluso creo que había pensado en casarse con ella. Una noche había bebido un par de copas más de las que acostumbraba y me preguntó si me molestaría mucho una madrastra. Y si pensaba que te molestaría a ti.

—¿Quién, Jud? No sabía ni una sola palabra, puedes creerme.

—Margritte Zwi.

Jim Slaterry dio un paso atrás.

—¿Margritte? ¿La dueña del Zombie?

—La misma. ¿La recuerdas?

—Pero si... Jud, esa mujer es una cualquiera.

—Tu padre decía que era simplemente una mujer que se quedó viuda muy joven y que había tenido que salir adelante por sus propios medios. Y que lo había hecho bien.

—Por Dios, una mujerzuela.

—Tu padre decía que no. Escucha, Jim, yo he tenido ocasión de tratarla un poco y... pienso como él. No es una cualquiera. Es una mujer muy inteligente y no es mala. No lo es.

Slaterry entornó los ojos.

—Jud, me parece que iré a hacerle una visita. Y ahora vamos a preparar el trabajo de mañana.

Jud corrió a la cocina para hacer café.

El despacho había quedado destrozado. Seguido por el redactor jefe, un hombre ya viejo, de colorada nariz y pecho enorme, Slaterry se enfrentó a los destrozos.

—He llamado a los albañiles y a los carpinteros, Jim —dijo el hombre.

—Hiciste bien, Lois. Los vamos a necesitar.

—¿Los vamos a necesitar?

—Por supuesto. El periódico tiene que salir mañana. Por el momento, me conformaré con una mesa en la sala de redacción, ¿fas máquinas están bien?

—Engrasadas, Jim. Esto quiere decir, supongo, que...

—Me voy a hacer cargo por un tiempo del periódico, Lois. No sé cuánto.

—Pensaba que quizá querías venderlo, Jim.

—¿Hay alguna propuesta seria?

—La hay. Dos. La primera, del *Dispatch*, la segunda de un particular.

—¿Quién, Lois?

—Un tal Merwitz.

—¿Quién es, en realidad ese particular, Lois?

—Negocios. Promotor.

—¿Sucios?

—Pringosos, Jim. Todo lo que toca pringa como la tinta de imprenta. Pero no se limpia tan fácilmente como ella.

—Lois, ¿vio usted a mi padre?

La respuesta fue rápida y concisa.

—¿Antes o después, Jim?

—Después.

—Lo vi. Yo mismo lo saqué de aquí y lo bajé en brazos hasta la sala de máquinas.

—¿Sabía usted lo que él quería?

—Por cierto.

—Y, ¿estaba conforme? —Contaba conmigo. Lo estaba. Y ahora, haz la pregunta que te está quemando los labios, Jim.

—¿Sigue conmigo, aunque lo que vaya a hacer sea continuar lo que él comenzó?

—¿Como redactor jefe?

—Con doble sueldo, Lois.

—No me hace falta. Tu padre me pagaba lo suficiente. Sigo.

—¿Y los empleados?

—No lo sé. Lo preguntaré. Respondo del único redactor que queda. Pero no de los chupatintas. De los obreros creo que también, pero he de preguntarles. Lo que esos bastardos emplearon es...

Y empleó una palabra corta.

—Y eso puede haberles cortado las agallas a algunos. No a mí, que soy solo y no tengo familia.

—Hazlo.

Los albañiles comenzaron a trabajar. Los carpinteros los siguieron, mientras Jim leía los diarios atrasados en la sala de redacción. El único redactor era un hombre al que no conocía. Joven y con cara estrecha. Se llamaba Merchal y lo miraba de reojo.

Comenzaron las llamadas telefónicas. El juez Lewis, el alcalde, el presidente de la cámara de comercio y varios amigos. Todos ellos estaban doloridos y se ofrecían para lo que fuera necesario.

Jim les dio las gracias y cortó rápidamente. A las doce, cuando Lois llegaba para decirle que la mayoría de los obreros continuaban en sus puestos recibió la llamada.

—¿Slattery?

—El padre no puede ponerse. No hay teléfono donde se encuentra —dijo secamente.

—Espere. Me refiero al hijo, por supuesto.

—Soy yo. ¿Quién es usted?

—Me llamo Merwitz. Siento mucho lo de su padre, Slattery. No sabe cómo. —No, no lo sé.

—Pero sí sabrá que sostuve conversaciones con su padre sobre la venta del *Herald*.

—¿Sí?

—Por supuesto. Se mantenía en línea de venta. No Legamos a nada concreto por supuesto, pero... bueno ya sé que ésta no parece la mejor ocasión para hablar de negocios, pero tengo una buena propuesta que hacerle.

—Hágala.

—¿Así, por teléfono?

—¿Cómo, pues?

—Pues, ¿qué le parece si almuerza hoy conmigo?

—Imposible.

—Comprendo. Bueno, mañana, tal vez...

—Imposible.

—En ese caso, fije usted mismo la fecha.

Jim apretó las mandíbulas. «Tranquilo, muchacho», se dijo.

—Veremos dentro de dos días. Llámeme, ¿quiere?

—Lo haré. Mi oferta es buena, Slattery. Se lo aseguro.

—Lo haré.

Colgó el auricular y escupió, cosa que no solía hacer.

Llegó Judy, taconeando.

—Vamos a comer, Jud. Pero antes, voy a dictarte dos telegramas.

Ella cogió el bloc de taquigrafía y el bolígrafo.

—El primero es para Job McNulty, en el *Telegraph*, Nueva York.

«Querido Mac. Gracias por todo. Toma eso como una dimisión de mi cargo o como una petición de prórroga de permiso por dos meses. Responde pronto. Jim».

Hizo una pausa.

—El segundo es para Della Rossa, 562, calle 44 oeste, N. Y. «Daisy, ponte en comunicación conmigo, ¿quieres? Te necesito como nunca. Abrazos, Jim». Jud alzó la cabeza.

—¿Daisy? ¿Dejaste chica en el Este, Jim?

—Envíalos. Ahora mismo.

Jud se puso en pie y se alejó.

El siguiente telefonazo fue del editor del *Dispatch*.

—Muchacho, acabo de llegar de fuera, y me he enterado de lo ocurrido. Cualquier cosa que necesites. Sabes que tu padre y yo éramos como uña y carne...

Jim Slattery sabía que «no habían sido como hermanos», ni mucho menos. No parecía el momento de hablar de ello, no obstante.

—Sí, míster Haré.

—Repito, cualquier cosa que necesites... Por cierto sabrás que tu padre y yo estábamos en conversaciones. Le había ofrecido comprarle el *Herald* y estaba en buena disposición para ello. ¿Te dijo algo?

—Difícilmente. Cuando llegué estaba muerto.

—Sí, ya. Me refiero, naturalmente a antes. Tal vez ti haya escrito algo.

—Nada, míster Haré.

—Bien, ¿qué piensas de mi oferta?

—Tendré que estudiarla, míster Haré. Comprendí. Estoy haciéndome cargo de todo y los problemas no cesan.

—Comprendo, comprendo. Bien, hablaremos de la oferta cuando quieras.

—Lo llamaré, míster Haré.

—Hazlo, muchacho. Y, lo siento, ya sabes cuánto lo siento.

Colgó. Esta vez, Jim no escupió, pero sintió deseo de hacerlo.

Judy volvía.

—Envié los telegramas. Jim, ya sé que soy una metomentodo, pero, esa Daisy... ¿Quién es?

Jim la miró sin responder. Había blancas líneas de tensión en los alrededores de su boca. El bolígrafo que sostenía entre sus dedos se partió con un chasquido.

CAPÍTULO III

El editorial estuvo en la calle tres días después. Fueron tres días de constantes llamadas telefónicas, ya que se negó a ver a nadie. Sólo hubo una persona a la que concedió la entrevista, el teniente Kommas, que según dijo, tenía algunas preguntas que hacerle.

Recibió un telegrama firmado por McNulty:

«No seas idiota. Considérate de permiso. Plenos poderes del jefazo para que resuelvas tus asuntos y llama si necesitas algo. Todos estamos dispuestos a echarte una mano».

Y otro:

«Di lo que necesitas. Ya sabes que estoy contigo. Me pondré en comunicación directa contigo pronto. Daisy».

Este último hizo fruncir el ceño a Judy cuando lo leyó, sobre el hombro de Jim. Éste no hizo ningún comentario.

Y por fin, el editorial estuvo en la calle. En él se analizaban dos hechos. El primero, la muerte de un hombre bueno. En el segundo, las causas de dicha muerte. Y el editorial apuntaba, por elevación todavía, pero ya con la mira puesta en, algo. El hombre bueno había sido asesinado porque deseaba mantener limpia su ciudad. Acababa con la promesa de que aquél era solamente el primero de una serie de artículos, que seguirían espaciadamente.

Cuando Jim salió a la calle, vio que los vendedores eran despojados de su mercancía a toda velocidad. La primera edición se acabó en dos horas y hubo de lanzar una segunda. Las rotativas giraban interminablemente, y las manos salían atadas, prestas ya para los consumidores.

Luego, él y Judy se marcharon a tomar una copa.

—¿Dónde? —preguntó la muchacha.

—Al Zombie, naturalmente.

Una vez alguien dijo que para entrar en el Zombis La oscuridad era casi absoluta. Solamente unas velas, metidas en vasos de cristal rojo, iluminaban las mesas, espectralmente. Una luz azulada alumbraba el mostrador.

Detrás de éste, tras la caja registradora, había una mujer. Los dos jóvenes se acodaron en el mostrador.

La mujer se puso en pie y avanzó hacia ellos. Era alta, morena, y tendría unos cuarenta y cinco años, pero parecía mucho más joven. Llevaba los ojos pintados, pero ello no disimulaba profundas ojeras.

—Hola, Jim. Judy...

Una mano larga, de garras pintadas de plata, avanzó al encuentro de la de Jim. Éste la estrechó.

—Lo siento mucho, muchacho.

—Gracias, Margritte.

—Escuchad, podríamos tomar una copa en mi sala particular. Podríamos hablar allí mucho mejor que aquí. Van a comenzar las exhibiciones.

—¿Hablar? ¿De qué, Margritte?

—Pues, me imaginé que podríamos charlar acerca de tu padre.

—Está bien. Vamos adentro.

La salita estaba mejor iluminada aunque no mucho más. Profundos sillones, un bar empotrado en la pared, en una hornacina, y cuadros en las paredes.

El cuerpo de Margritte era joven. Las caderas amplias, el pecho perfecto. Jim la contemplaba con los ojos entornados mientras ella llenaba las copas con *whisky* escocés legítimo.

—Jim, muchacho...

Ya se iba cansando. Al parecer, para todos era «Jim, muchacho». Bueno que siguieran en esa línea de conducta. Sería «Jim, muchacho», por un tiempo.

—Supongo —dijo ella— que habrás oído algunas habladurías.

—No han sido habladurías. Yo se lo dije —respondió.

—Me alegro.

—¿Te ibas a casar con él, Margritte? —preguntó Jim.

—Pues, no lo sé.

—¿Porque era más viejo que tú?

—Eso no importaba. Yo lo apreciaba. Puedes reírte si quieres...

—No me río.

—Pudieras querer hacerlo. Yo lo quería, pero nuestro matrimonio hubiera sido una campanada pública. Mucha gente lo hubiera criticado. Él era una persona de relieve en Prescott. Yo, bueno todo el mundo sabe lo que soy yo. No estaba enamorada, pero lo apreciaba.

—¿Sí? ¿Qué eres, Margritte?

Ella lo miró dudosa.

—Una mujerzuela, según muchos.

Jim no respondió. Bebió durante unos instantes.

—He leído tu artículo, Jim.

—Y supongo que no te habrá gustado.

—Me ha gustado, Jim. Está en la línea de los de tu padre. Pero no me ha gustado por una causa: te va a acarrear disgustos.

—Te diré un secreto, Margritte: Napoleón ha muerto. Me importan un bledo los disgustos que me pueda ocasionar. Eso es lo que hubiera hecho mi padre y eso es lo que voy a hacer yo.

—Escucha, don Quijote: hay fuerzas muy poderosas interesadas en que nada se mueva aquí.

—¿De veras? Es la primera noticia que tengo, Margritte.

—No lo tomes a broma. Es así.

—¿Me estás tratando de disuadir, Margritte? ¿Es eso lo que estás tratando de hacer?

—No.

—Explícate, ¿quieres?

—Jim, no voy a volver sobre lo de tu padre y yo. Pero sí quiero decirte que me gustaría ayudarte.

—¿Cómo?

—¿Qué es lo que piensas hacer?

Jim Slattery hizo un expresivo gesto con ambos brazos.

—Barrer, Margritte. Barrer.

—Pues creo que podría ayudarte.

—Hazlo, entonces. Estoy seguro de que mi padre te habló de bastantes cosas. ¿Estoy equivocado?

—No, en cierto modo. Me habló, sí, aunque yo sé que las pruebas las conocía él solo.

—Deben estar en alguna parte. ¿Lo sabes tú?

—No.

Ella movió la cabeza. Parecía abstraída.

—Bien, entonces, ¿qué puedes hacer por mí?

—Prevenirte.

Jim sonrió sin ganas.

—¿De qué? Ya me previnieron cuando pusieron en la mesa de mi padre una bomba de plástico.

Ella hizo un gesto de dolor casi físico.

—No me refería a eso.

Jim se puso en pie.

—Bueno, habla si quieres. No puedo perder tiempo.

—¿Sabes a quién te enfrentas?

—Tengo una idea. Supongo que a una coalición. Creo que incluso al sindicato.

Ella enarcó las cejas.

—¿El sindicato? No lo creo.

—¿No? ¿Por qué no lo crees?

—No he oído hablar de él jamás relacionado con Prescott.

—Oh, al sindicato del crimen no le gusta mucho que hablen de él. Pero ¿quiénes son, según tú?

—El juego, la prostitución, el cohecho y la protección.

Y, Jim, se han unido.

—Todo eso suena a sindicato, digas lo que digas.

—No lo sé, te digo lo único que he oído.

—Nombres, Margritte.

—Pues, eso no puedo hacerlo.

—¿Tienes miedo?

—Sí, Jim. Es gente que no se detiene ante nada. Lo sabes, ¿verdad?

—Tengo una idea, repito. ¿Ni un solo nombre, Margritte?

—Por el momento ninguno. Pero tal vez más adelante...

—Ellos deben venir aquí. ¿No?

—Vienen algunos. Otros pueden serlo, pero no lo sabemos.

—¿Merwitz? Parece tener mucho interés en comprar el periódico.

—Merwitz viene por aquí. Sólo puedo decirte eso.

—Escucha, Margritte. Tú ibas a casarte con mi padre.

—No, no es eso. El me lo propuso. Yo rió lo había aceptado aún.

—Pero si lo hubieras hecho, habrías tenido que luchar hombro con hombro con él, ¿no?

—Supongo... supongo que sí.

—¿Por qué, pues, no lo haces conmigo? Porque tienes miedo, ¿no es eso?

—Te he dicho que sí. Soy muy vulnerable, Jim.

—¿Pagas protección?

—La pago —reconoció ella serenamente—. Una vez me rompieron todo el mobiliario. Desde entonces, pago y callo.

—¿Y Kommas?

—Ése está hundido hasta las orejas, Jim. Si lo que estoy diciendo llegase a sus oídos, me cerraría el local. Porque también le pago a él.

—¿Directamente?

—Claro que no. Las cosas no se hacen así.

—¿A quién le pagas?

—Son hombres distintos. Nunca el mismo.

—¿Cómo se identifican?

—¿Los de Kommas o los de... quienquiera que sea?

—Los de Kommas, por ejemplo.

—Me cobran un impuesto extra. Y bastante elevado. Desde luego, ese impuesto no llega a las arcas del municipio. Se queda en un escalón inferior.

—Comprendido. ¿Y los otros?

—Se identifican con una palabra clave.

—Dila, Margritte.

—Manhattan.

—¿Siempre la misma? ¿No anuncian antes la visita?

—Por cierto que sí. Me llama por teléfono alguien y me da la palabra clave. Eso quiere decir que al día siguiente, acudirá alguien para cobrar.

Hizo una pausa.

—Ya ves que estoy tratando de ayudarte, Jim, pese a que me puede costar muy caro.

—¿Cuándo has pagado por última vez?

—Hace veintiocho días.

—Eso quiere decir que ya está al caer la próxima.

—Lo espero de un momento a otro.

—¿Cuánto les pagas, Margritte?

—Doscientos cincuenta. En algunas ocasiones han subido la tarifa hasta trescientos.

Jim terminó su copa.

—Margritte, ¿querrás llamarme tan pronto como ellos te avisen?

—Jim, puedo verme en figuritas si se enteran.

Slattery dejó la copa cuidadosamente sobre una mesa baja.

—Margritte, ¿te dijeron ellos que aceptases a mi padre como marido?

Los ojos de la mujer llamearon.

—Lo de tu padre y yo, Jim, era cosa nuestra, sólo nuestra. ¿Quieres meterte eso en la cabeza?

—De acuerdo. Y gracias, Margritte. No dejes de avisarme. Procuraré que no salga tu nombre a relucir para nada y que no sospechen de ti. Es todo lo que puedo hacer.

—Gracias, Jim.

Salieron. La oscuridad les hizo parpadear. Judy dijo:

—Jim, ¿lo has creído?

—No lo sé.

Un hombre se puso en pie. Era de baja estatura, grueso, y llevaba un traje muy costoso. Su cráneo, casi despoblado, brillaba a la luz azulada del mostrador.

—¿Slattery? Me llamo Merwitz. Si le parece, podemos tomar una cosa. Me gustaría hablar con usted.

—Lo siento, no tengo tiempo.

—Se trata de la venta del diario.

—Ah, pero ¿no se lo dije, Merwitz? El *Herald* no se halla a la venta.

—¿No? Bueno, yo creí, por lo que su padre me dijo...

—¿Seguro que mi padre le dijo que pensaba venderlo?

—No en esas palabras, por supuesto, pero me dio a entender...

—No lo creo, Merwitz.

—¿Duda de lo que digo? ¿Cómo sabe que no?

—Muy sencillo. No se hubiera metido en el lío en que se metió de haber pensado deshacerse del periódico.

Los ojos de Merwitz se estrecharon.

—¿No? ¿Y quién le dice a usted que no lo hizo precisamente por eso?

—Explíquese, Merwitz.

—¿Quién le dice que no lo hizo para revalorizar el periódico? Para que se le pagase más caro, por ejemplo. Una especie de presión para conseguir mejor precio.

—¿Se da cuenta —dijo Jim lentamente— de que acaba de descubrir su juego, Merwitz?

—¿Yo? Lo único que digo es que...

Jim adelantó el brazo y golpeó. Fue un golpe dirigido directamente a la mandíbula de un hombre que no lo espera. Merwitz se vino abajo, arrastrando una mesa en su caída.

Varias personas se pusieron en pie. Una mujer chilló agudamente. Margritte apareció junto a ellos.

—Por favor —dijo—. No pueden pelear aquí.

A una señal suya se encendió una luz blanca sobre el mostrador. Ahora podían verse las caras. Merwitz se incorporaba con la sangre chorreándole por el mentón. Se la limpió. Sus ojos tenían un brillo asesino.

—Supongo que sabrá lo que hace, Slattery.

—Y usted también —fue la respuesta—. Usted también sabe lo que yo he hecho, cerdo. Y lea mi editorial de esta tarde si es que no lo ha hecho aún.

Cogió a Judy del brazo y la arrastró hacia la salida.

La muchacha respiró fuertemente cuando salieron a la noche ventosa.

—Dios mío, Jim, no esperaba que le golpeases, pero me alegro de que lo hayas hecho. Pensar que el tío Tob podía haber hecho una maniobra así... Me siento revuelta.

—Más te vas a sentir cuando esto continúe, Jud. Vamos a casa.

Llegaron al coche de la joven. Había un papel sujeto al limpiaparabrisas del lado del conductor.

—¿Una multa? —Gruñó Jim. Cogió el papel y a la luz del luminoso cambiante del Zombie, lo leyó.

«Vete de Prescott, nariz larga. Te la podrían cortar si la metes donde no te importa».

La joven lo había leído por encima de su hombro.

—Ya empiezan —dijo cerrando los ojos—. Santo Dios, ya vuelven a empezar.

Jim hizo una pelota con el papel y la tiró al suelo.

—Vámonos —dijo.

Llegaron a la casa. Jim subió a su cuarto y abrió la maleta. La joven le había seguido y le miraba hacer.

Jim sacó algo de la maleta y se lo puso en el bolsillo. Judy pudo ver lo que era. Un revólver.

La única sirvienta, mía muchacha de color, dormía fuera de la casa. Judy fue a la cocina.

—¿Quieres comer algo? Puedo preparar unas chuletas en un momento.

—No. Gracias. Beberé un *whisky* y me marcharé a la cama.

Ella se hizo un emparedado de pollo y lechuga y se sentó junto a él.

—Jim —dijo—. ¿Vas a continuar?

—Ahora más que nunca. No me van a sacar de aquí con una simple notita de amenaza.

—¿Crees que Margritte es sincera?

—Creo que está muerta de miedo, eso es todo. Al menos, tiene miedo.

—No la culpo.

—Ni yo, pero no me sirve así.

Ella permaneció un instante pensativa.

—¿Qué dirá Daisy a todo esto?

Jim alzó la cabeza.

—¿Por qué habría de decir nada?

—¿No es tu chica?

—Jud...

—Sí, ya sé, que me meto en lo que me importa, ¿no?

El teléfono sonó insistentemente. No lo esperaban y ambos se sobresaltaron. Cuando Judy lo iba a coger, Jim se lo quitó de las manos.

—Hable. Hubo un silencio. Tan largo, que Jim repitió la pregunta.

—Escuche, cerdo —dijo una voz ahogada—. ¿Qué se ha creído?

Jim Slattey guardó silencio. Esperaba a que el otro siguiese hablando.

—¿Eh, qué se ha creído? Si vuelve a meterse en lo que no le importa, se va a quemar las narices. ¿Está ahí?

Jim seguía sin contestar.

—El otro pareció perder la paciencia.

—¿No me ha oído? Si vuelve a soltar alguno de esos eructos en su periodicucho, le vamos a rajar de arriba abajo. Acuérdesse de lo que le sucedió a su padre, ¿eh, marrano?

Jim esperaba. Su boca estaba tensa y había gotitas de sudor en su frente.

—¿No contesta? ¿Está ahí?

—Dile a tu amo —articuló lentamente Jim—, que lea el próximo editorial del periodicucho. Y lámele las botas mientras lo lee.

—Yo te daré a ti lamer las botas. Las mías vas a lamer antes de que... Y dile a esa zorra de tu prima, que tendremos una charla con ella en cualquier momento. Y no le va a gustar.

Jim colgó. Judy lo miraba con expresión extraña.

—¿E... ellos? —tartamudeó.

—Sí, un imbécil cualquiera.

—¿Te ha amenazado?

—Naturalmente. Para eso le pagan.

Se quedó mirando a su prima.

—Jud, me gustaría que te marchases de la ciudad durante unos días.

—¿Estás loco?

—No. Me gustaría que lo hicieras. Podrías vivir en mi piso de Nueva York.

—Eso quiere decir —respondió ella—, que te han amenazado con hacerme algo a mí.

—No es eso, pero...

—Lo es, Jim, y no vas a negarlo. Y te voy a decir una cosa: No vas a echarme de aquí. No pienso marcharme, eso es todo.

—Jud, estaría mucho más tranquilo si te marchases. Podría... hacer las cosas más a mi modo si no tuviera el temor de que pudieran darte un susto.

—No, Jim. He dicho no. Seguiré aquí y al diablo con todo.

El le cogió la cara con la mano derecha.

—Eres valiente y lo sé. Pero no quisiera por nada del mundo que te ocurriese algo.

La besó en los labios. Fue un beso casi distraído. Ella cerró la boca como un cepo.

Se apartó.

—¿Te he molestado? —preguntó él.

—Lo único que no quiero es un beso como se le da una palmada en la cabeza al perro fiel.

Jim se echó a reír alegremente, casi.

—Jud, Jud, ¿es que...?

El teléfono sonó de nuevo.

Con la boca contraída, Jim fue hacia él. Esta vez la voz no estaba tapada con algún paño, como la anterior.

—¿Slattery?

—Soy yo. Y si va...

—Slattery, Daisy le manda recuerdos.

—¿Quién es usted?

—Bueno, no importa, ¿no? Sólo eso: «Daisy le manda recuerdos». Ya le llamaré mañana.

Y colgaron. Jim frunció las cejas. La joven lo observaba.

—¿Otra vez ellos?

—No. Era un amigo.

—¿Amigo? ¿Quién? Debo conocerlo yo, ¿no?

—No, a éste no lo conoces. Y ahora, por lo que más quieras, Jud, vete a la cama. Voy a preparar el editorial de pasado mañana. Y dile a la chica que no coja ningún paquete que venga dirigido a nosotros.

—Ya lo he hecho.

Jim se puso en pie y la abrazó. Esta vez no fue un beso parecido al golpecito que se le da a un perrito fiel en la cabeza.

CAPÍTULO IV

El segundo editorial apuntaba más directamente. Slattery había estudiado con atención los de su padre y disparaba con posta más gruesa. Hablaba de la protección a los comerciantes, de las salas de juego donde se desplumaba a los forasteros y se apuntaban posibles soluciones en el caso «de que la policía quisiera efectivamente sanear el municipio».

No hacía una hora que había salido, cuando recibió la primera llamada. Era el teniente Kommas.

—¿Slattery? He leído su artículo.

—Espero que le haya gustado.

—Pues... no exactamente. Cosas como ésa hacen alterarse los ánimos, Slattery⁷. Son peligrosas.

—Eso es lo que quiero, teniente. Irritar los ánimos.

—No es ése el modo, y además, eso siempre...

—Teniente, el modo lo voy a elegir yo, ateniéndome a las leyes de libertad de Prensa. Supongo que no estará tratando de decirme cómo debo llevar mi periódico.

La voz de Kommas sonaba fríamente.

—Por supuesto que no. Pero le prevengo, Slattery, y usted me obliga a hacerlo, que hay ciertos métodos que sólo conducen a la subversión, y eso siempre nos tendrá al cuerpo de policía enfrente.

—¿Me amenaza, teniente?

—No, por supuesto que no. Preferiría verlo y decírselo...

—No creo que tengamos gran cosa que hablar. He recibido algunas llamadas anónimas y difícilmente podrían tomarse como procedentes de ciudadanos amantes de la ley y el orden.

—¿Llamadas anónimas? ¿Por qué no me lo dijo?

—Se lo digo ahora.

—Bueno, Slattery, ya le lié dicho...

—Y yo le he escuchado, teniente. Buenas tardes.

Colgó. Miró a Judy con aspecto regocijado.

—Kommas asoma los cuernos como los caracoles tras de la lluvia. Ya ha comenzado a amenazar. Poquito, pero algo es algo.

Ella asintió. Parecía preocupada.

—Jim, deberías pedirle a alguien que te echase una mano. Me refiero a que hubiera alguien cerca de ti...

—No lo necesito, Jud. El próximo artículo irá directamente a la policía. Atacaré por esa parte.

Estaban los dos en la sala de redactores, mientras terminaban de arreglar el despacho de Tob Slattery. Los tres. Merchal, Jud y el joven.

—¿Tan pronto? —preguntó la muchacha.

—Tan pronto.

Sonó el teléfono.

—¿Sí?

—Le hablo de parte de Daisy. ¿Podría verlo?

—¿Ahora?

—Pues si no le importa, amigo... Dentro de una hora. En la taberna de un tipo llamado Dodgson, en...

—Conozco la taberna. Estaré allí.

Colgaron. Se volvió a Judy.

—Escucha, voy a salir dentro de un rato. Hasta entonces, avisa a la chica de recepción que no me pase más llamadas, ¿quieres?

—¿Vas a ir solo?

—Sí.

—¿No sería mejor...?

—No.

Al cabo de media hora, salió. Llegó a la taberna de Dodgson, en la parte baja de la ciudad, cerca del barrio de los mexicanos. Cuando entró, el dueño levantó la mirada.

—¿Slattery?

—Yo soy.

—Un tipo me dejó un encargo para usted.

—¿Cuál?

Le pusieron una cerveza delante. La bebió lentamente.

—Esto.

«Esto» era un papelito azulado. Slattery lo miró con atención. Se trataba de una entrada para el partido de

base-ball

que comenzaría al cabo de una hora en el Stadium de Prescott, entre los Linces y los Thatcher, de Tucson.

—Gracias.

Salió, cogió el coche y se dirigió hacia el Banco. El director lo recibió tan pronto como le anunciaron la visita.

—Pasa, Jim, muchacho. Me alegro de verte, aunque sea en estas tristes condiciones.

Lo pasó a su despacho y le ofreció un cigarro. Slattery lo rechazó.

—Míster Johns, usted era amigo de mi padre.

—Me honraba con su amistad, sí.

—Míster Johns, tal vez usted pueda ayudarme. ¿Tenía mi padre alguna caja fuerte en su Banco?

—No, hijo.

—¿Por qué?

—No me lo dijo. Sólo que me apreciaba lo suficiente como para...

Hizo una pausa llena de tacto.

—Como para no entrometerme en algo que pensaba hacer.

Slattery frunció las cejas. Aquello encajaba perfectamente en la línea de conducta de Tob Slattery.

—Pero usted se imagina por qué.

—Me lo imagino, muchacho. No puedo decírtelo con absoluta seguridad, pero me lo imagino.

—Y... ¿dónde puede haber contratado una caja fuerte?

—No lo sé. Nosotros éramos amigos. Pero no me lo dijo.

—¿No tiene usted alguna idea?

—Verás muchacho, no son sólo los Bancos los que alquilan cajas fuertes. Hay algunas compañías de seguros que lo hacen. Sólo que... necesitarías el permiso del juez para abrirlas habiendo muerto tu padre. Y no creo que el juez te diera ese permiso sin antes demostrarle que eres el legítimo heredero. Eso llevará algún tiempo.

—No tengo mucho tiempo que perder, señor Johns.

—Lo sé. He leído tu artículo de hoy.

—Y... ¿está conforme?

—Lo estoy. Como banquero y como hombre.

—Señor Johns, ¿podría usted hacer algunas averiguaciones

acerca de dónde pudo él alquilar la caja?

—¿Extra... oficialmente? Tendría que ser así, muchacho.

—Por supuesto.

—Puedo y lo haré si me lo pides.

—Delo por pedido.

—Y, otra cosa, muchacho. ¿Cómo van tus asuntos económicos?

—No muy boyantes.

—Extraoficialmente te digo también que el Banco no abandona a sus antiguos clientes. Si necesitas un crédito...

—Los anunciantes siguen apoyándonos, señor. Mientras lo hagan, creo que podremos sostenemos. El periódico se vende.

—Lo sé. Hasta la vista, muchacho. Te tendré al corriente de lo que consiga saber.

—Gracias.

Llegó al Stadium cuando el partido estaba a punto de comenzar. Buscó su localidad y se sentó. Miró a su alrededor. Nadie conocido.

Pero cuando Jones comenzaba a batear, un individuo delgado pasó ante él y ocupó el asiento a su lado. Slattery le lanzó una mirada a hurtadillas. Desconocido.

Cuando Jones ganó la primera base, el hombre delgado habló en voz baja y sin mirar a Jim.

—¿Slattery?

—Sí —respondió Jim en la misma forma. Un aullido colectivo saludó el batazo del número 18 de los Lince, lo cual le permitió a Jones alcanzar la tercera base sin que lo eliminasen.

—No voy a hablar mucho —dijo el hombre—. Dígame usted lo que necesita. Mi nombre es Smith y estoy en el Sheraton. Daisy me encarga que me ponga en contacto con usted y lo mantenga.

—Necesito que protejan a una mujer. Se llama Judy Slattery y vive en 61, Rocamore Street. Trabaja en el *Herald*. Es rubia oscura y lleva el pelo en cola de caballo.

—Entendido. ¿Usted no necesita protección?

—Por ahora no.

—No me llame usted, Slattery. El teléfono podría estar intervenido. Yo le llamaré cada poco tiempo, al periódico o a su casa, y desde una cabina pública. Seré Smith, ¿entendido?

—Sí.

—¿Algo más?

—Sí. Pregúntele a Daisy si hay algún inconveniente en que me apoye en lo que estoy haciendo aquí.

—¿Se refiere a los artículos del periódico?

—Sí.

—No lo hay. Daisy dice que siga usted adelante si quiere.

—Dele las gracias.

—Otra cosa. Dice Daisy que él no puede venir, pero que si hiciera falta, se presentaría.

—Gracias de nuevo. Lo que me preocupa es la muchacha.

—Su prima. Hemos tomado nuestros datos ya. No se preocupe, Slattery. ¡Bravo, *pitcher*!

Y Slattery comprendió que la conversación había acabado. Esperó aún media hora y luego se marchó.

Llegó al periódico. Nada más entrar y ver la cara de la muchacha, comprendió que algo había ocurrido. Jud estaba parada ante su mesa, sujeta a ella con ambas manos y temblaba. Estaba sola.

De dos zancadas, Jim estuvo junto a ella.

—¿Qué ha sucedido? —preguntó acercando la boca a la oreja de la muchacha—. Vamos, vamos, cálmate.

Le estaba dando golpecitos en la espalda y apretándola fuerte contra sí.

Ella sollozó ligeramente. Luego, se separó del hombre.

—Vamos, habla, cariño.

—El teléfono —dijo ella—. Perdóname, pero fueron tan... obscenos, tan asquerosamente obscenos en sus amenazas...

—Malditos bastardos. ¿Te dijeron algo?

—Me amenazaron si no dejábamos la campaña. Todo ello mezclado con unas palabras y unas proposiciones... Santo Dios. Perdona, Jim, pero en mi vida había oído algo semejante y un periódico no es precisamente un colegio de niñas. Era... la forma en que lo decían.

—Comprendo. Bueno, cálmate.

Le contó lo del Banco. Ella se iba tranquilizando lentamente.

—Y ahora nos iremos a tomar una copa. Vamos a mostrarnos en todas partes. Que nos vean y sepan que no nos ocultamos. ¿La voz estaba enmascarada? —Parecía como si hablasen a través de un trapo.

—Sí, igual que a mí. Otra cosa, nena: Si de ahora en adelante ves a alguien que te sigue, no intentes despistarlo. No creo que lo veas, pero no intentes escapar, ¿comprendes?

—No... no muy bien.

—Haz lo que te digo.

—¿Quieres decir que has puesto alguien a vigilarme?

—Exacto. No intentes escapar. No sé quién será pero no lo intentes, ¿quieres?

Entraron en el Zombie y se colocaron en el mostrador. Margritte les hizo una seña desde la caja. Luego pareció perder interés en ellos.

Pero cuando hubieron bebido, en lugar de la nota con el valor de la consumición, Jim vio un papelito doblado en cuatro. Y al mismo tiempo, los ojos de la mujer se fijaron en los suyos en una muda advertencia.

—Voy al servicio —dijo Jim.

Dejó a la muchacha y bajó a los lavabos. Una vez en el reservado, y seguro de que estaba solo, abrió la nota.

«Mañana por la noche, Manhattan».

Nada más.

Rompió el papel, lo tiró al inodoro e hizo funcionar el agua de la cisterna. Luego volvió a la sala.

Junto a la muchacha había un hombre, y estaba hablando con ella. Jim se colocó tras de ambos.

—¿Ocurre algo, amigo?

El hombre alzó la cabeza. Era muy rubio y tenía ojos tan claros que apenas se distinguían las pupilas.

—¿Ocurrir? Nada. Estaba hablando con la chica.

—La señorita está conmigo.

—¿Ah, sí? Éste es un lugar público, ¿no? Las chicas hablan con todos.

Jim miró aquellas pupilas. No se engañó ni un solo momento. Había visto algunas veces aquella mirada fija, helada. Y sabía que, si lo dejaba actuar, igual podía golpearle que sacar una navaja o una pistola.

Por tanto, actuó él primero.

De un puñetazo lo lanzó contra el mostrador, doblándolo casi en

dos. Luego le golpeó en el hígado, en el estómago y en el bajo vientre. Sabía que no debía dejarle ni respirar.

El otro se vino abajo como un fardo, respirando trabajosamente. Mientras la gente se apartaba, chillando, Jim se inclinó sobre él y le registró. Llevaba navaja y revólver. Las dos cosas.

—¿Desde cuándo pueden entrar los tipos estos en el Zombie? —preguntó tranquilamente.

—La policía —dijo Margritte en voz baja.

Dos policías uniformados se abrieron paso entre la gente. Alguien encendió la luz encima del mostrador.

—Usted, no se mueva —dijo uno de los policías dirigiéndose a Jim Slattery.

—No pienso moverme, oficial.

—¿Por qué ha pegado a este hombre?

—Molestó a la chica que está conmigo.

—¿De veras? Oye, muchacha, ¿te molestó?

Jim apretó los puños.

—La señorita no es una prostituta que trabaje aquí.

—Usted lo dice. Lo que nosotros sabemos es que estaba aquí y usted pegó a este pobre tipo.

Se inclinó sobre el caído.

—Y le dio bien, ¿eh?

—Ese pobre tipo llevaba esto encima —respondió Jim mostrando la navaja de resorte y la pistola.

—Lo dice usted, ¿no?

—Y yo —respondió la muchacha—. Estaba con mi primo y ese tipo comenzó a molestarme. Mi primo le pegó. El llevaba eso en el bolsillo.

—Bueno, lo que veo es que tendremos que llevarlos a todos a la Jefatura.

—Vamos —respondió Jim al instante. Los policías se miraron ligeramente irresolutos.

—Oiga, nadie nos dice lo que tenemos que hacer. —Ustedes lo dijeron primero. Vamos a la Jefatura.

Y no se olviden de llevar las dos armas.

—¿Por qué la molestó? —preguntó uno de los policías a Judy—. Al fin y al cabo si una chica se encuentra en un lugar como éste, sola, y un tipo quiere tomar una copa...

—Cuidado, oficial. La señorita no estaba sola. Yo había ido al lavabo. Lleve cuidado con lo que dice. Es una señorita.

—Bueno, usted lo dice. Oiga, usted.

Se dirigía a Margritte.

—¿Estaban estos dos juntos?

—Sí —respondió la mujer—. Estaban juntos. El bajó al lavabo y entonces ese hombre comenzó a hablar a la señorita.

—Pero ¿la molestó?

—Sí.

Lo había dicho en voz baja, pero lo había dicho. Jim se volvió hacia el policía.

—¿Vamos a la Jefatura, oficial?

—Vamos.

Kommas estaba en su despacho, muy atareado, al parecer, con un montón de papeles.

—¿Qué hay? ¿Usted, Slattery?

—Yo, teniente.

—Bueno, ¿qué ha ocurrido?

Uno de los agentes le dio su versión. Kommas miró a Slattery y éste repitió la suya.

—Bueno, muchachos, pueden retirarse —dijo Kommas a los agentes.

Cuando lo hicieron, se volvió hacia Slattery.

—Dos noches y dos jaleos en el Zombie. Usted parece haberle tomado gusto al lío.

—No. Las dos me provocaron.

—¿De veras?

—Examine a ese tipo, teniente. El otro estaba sentado en una silla, con aspecto huraño, sin mirar a nadie.

—Véalo y dígame si no tenía yo razón en dar primero. Llevaba navaja de muelle y revólver. Compruebe si tiene licencia para llevar armas.

—Lo haremos. Nosotros conocemos nuestro oficio, lo mismo que usted parece conocer el suyo.

Se reclinó en la silla.

—Aunque usted crea que no conocemos el nuestro. Al parecer, se propone enseñarnoslo con algún artículo en su periódico, ¿eh, Slattery?

Jim y Judy lo miraron fijamente.

CAPÍTULO V

—¿Qué ha dicho? —preguntó Jim.

—Ya me oyó. Al parecer se propone enseñarnos nuestro oficio.

Jim cerró la boca.

—Bueno, ya está todo dicho, creo. ¿Qué va a hacer?

—Pues... podría hacer dos cosas. La primera, encerrarlos a usted y a ese tipo.

—¿Acusación?

—Disturbios en un lugar público. Pero como entonces habría que hacer salir a la señorita Slattery a la luz, me siento inclinado por la segunda, es decir, amonestarlos y soltarlos.

—¿También a un tipo que anda por el mundo con un revólver? Vea si tiene o no licencia.

—Eso lo haremos después, Slattery. Pero, muchacho, déjeme que le dé un consejo: Su padre era un hombre respetado. Puede que equivocase algunas de sus decisiones, eso nos puede pasar a todos. Pero usted no es su padre. No promueva líos. No lo haga, porque no tendré más remedio que tomar otras medidas.

Jim habló suavemente.

—¿De acuerdo con el comisionado?

Kommas se puso rojo.

—¡De acuerdo conmigo mismo, Slattery, no quiera pasarse de la raya!

—Tomo nota.

Se volvió hacia el individuo, el cual ahora los miraba.

—Y si vuelvo a verlo rondando por donde yo esté, bastardo, no me limitaré a golpearlo.

El otro lo miró en silencio. Era la mirada de un asesino.

—Slattery, deje las amenazas, ¿quiere? —previno Kommas.

—Ya están dejadas. Pero que no lo vuelva a encontrar. Y si sale libre con una paternal regañina de la policía, yo me ocuparé de ello

en el periódico.

—Usted está amenazando.

—Por cierto que no. Vamos, Jud.

Salieron de la comisaría. Subieron al coche y fueron directamente a casa.

A la mañana siguiente estaban los dos en la sala de redactores. El despacho casi había sido terminado de arreglar. Faltaban aún unos cuantos detalles. Jim cogió el teléfono tan pronto como sonó.

—Jim —dijo la voz del director del Banco—. Esta misma mañana te he hecho enviar una carta con la contestación a tu petición de ayer. Referente a... los créditos.

Había marcado la pausa significativamente.

—Gracias, señor Johns.

—De nada, muchacho. Éste... estudia bien el asunto, ¿quieres?

—Lo haré. Gracias de nuevo.

Cortó. Se quedó mirando a Judy. Desde su mesa, donde estaba garrapateando, Merchal, el redactor, los miraba. Lois entró en ese momento.

—Por cierto, Merchal, ¿qué hace? —preguntó Jim.

—Un artículo sobre la economía en el municipio.

—Ah, bien. Creí que estaría redactando alguna nota para su amigo Kommas.

Hubo un silencio. Merchal palideció ligeramente.

—No comprendo lo que quiere decir, señor Slattery.

—Demasiado bien. Ayer estábamos aquí *miss* Slattery, usted y yo. Solos. Hablé de un editorial sobre la policía. Y cuando hablé con Kommas anoche, estaba ya enterado del asunto. ¿No es extraño? Jud, ¿hablaste con alguien sobre ello?

—Ni muerta, Jim.

—¿Lois?

—Vamos, vamos.

—Luego... sólo queda usted, sabandija.

Se puso en pie, fue hasta el redactor y lo puso en pie agarrándolo por las solapas.

—Lois, ¿le dio usted oportunidad de largarse si quería hacerlo?

—Por cierto, Jim.

—Pues entonces, asqueroso chivato, va a ir a contarle a Kommas que esta mañana me levanté temprano, me lavé los dientes y me

duché. Pero no lo hará sin que...

—Le aseguro, señor Slattery...

—... Se lleve una patada en el trasero.

—Déjemelo a mí, Jim —dijo Lois.

—¡Tómalo!

Se lo tiró, casi. Lois lo cogió con la robusta zarpa, lo llevó hasta la puerta y le dio un puntapié que lo tiró contra la centralita telefónica.

—Y como vuelva a verte por aquí, marrano, la patada te la daré en otra parte donde se supone que reside tu hombría. ¡Fuera!

Se limpió las manos mientras el redactor salía atropelladamente.

—Listo, Jim.

—Bueno Lois, ya estamos solos.

—No necesitamos a nadie más.

—Pero no por mucho tiempo. Tal vez tengamos compañía pronto. Y a éstos no les va a asustar Kommas.

—¿Qué vas a hacer?

—Pedirle a McNulty que me envíe dos o tres redactores que quieran hacer méritos y no calentar sillas en el *Telegraph*.

—Bueno, eso no estaría mal.

—Y ahora, a trabajar.

En el correo llegó la carta del presidente del Banco. Era lacónica.

«Querido Jim: Lo que me pediste es casi seguro que está en la Vita. Me he enterado por medios indirectos, y no me preguntes cuáles son. Pero ya te dije lo difícil que resultará llegar hasta ello. No obstante, si te vale... Un abrazo». Y una postdata: «Rompe la carta o cómetela, pero no te la dejes olvidada en un taxi, ¿quieres?».

Nada más.

Jim sonrió torcidamente. Rompió la carta y quemó los trozos en el cenicero, ante la mirada de Lois y de Judy.

Luego buscó en la guía telefónica. La compañía de seguros Vita tenía sus oficinas en Grant, esquina a Murchison.

Marcó el número. Una voz femenina le preguntó lo que deseaba.

—Quiero hablar con el director. Soy Slattery —respondió.

El director se puso al cabo de un momento.

—¿Míster Slattery? Sentí mucho lo de su padre y... Jim le dejó hablar durante unos instantes.

—Escuche —dijo por fin—. Mi padre alquiló una caja fuerte en su compañía, ¿verdad?

—Pues... esas informaciones no la podemos dar a cualquiera.

—¿Ni al hijo del interesado?

—Pues bien, a usted sí. Lo decía para que no creyera que las facilitamos a cualquiera.

—Gracias. Supongo que necesitaré un mandato judicial para abrirla.

—Por supuesto que sí. Ésa es la ley, señor Slattery.

—Mi padre me dijo que el número era el 264.

—Oh, no, el 652... Pero...

—Sí, claro, el 652, no sé cómo he traspuesto los números. Bien, me proveeré del mandato cuanto antes.

—Hay algunos trámites, usted ya sabe... relativos a la herencia...

—Lo sé, lo sé.

Cuando colgó el teléfono estaba sonriendo cruelmente.

—¿Qué piensas hacer, Jim?

—Lo que no sepas no te hará daño. ¿Se lo oíste decir a mi padre alguna vez?

—Sí. Y pones exactamente la misma cara con que lo decía él.

—Dejadme. Tengo que escribir el artículo.

El teléfono sonó. Jim lo cogió. La misma voz ahogada...

—Así que sigues haciendo tonterías, ¿eh, bastardo? Por haber pegado a Muriel, ¿sabes lo que te va a ocurrir?

—¿Y a Muriel, sabes tú lo que le va a suceder?

—¡Maldito cerdo! Te vas a arrepentir toda tu vida y...

Jim colgó. Judy había cerrado los ojos y parecía rezar. Pero cuando los abrió, brillaban.

—Jim, Jim, tengo miedo y... pero estoy contenta.

—Gracias. Podéis marcharos a comer.

—¿No vienes?

—Aún no.

Hizo una llamada de larga distancia. La voz de Mac llegó hasta él resonante como un trombón.

—¡Jim, chico!, ¿qué tal las cosas?

—Mac, ¿te sobran un par de buenos redactores?

—Ni uno solo. ¿Los necesitas?

—Acabo de echar a patadas a una ratilla asquerosa. Nos hemos quedado solos el viejo Lois y yo.

—Aquí, no. Pero en Tucson hay algunos chicos que sólo esperan una oportunidad para...

—Mac, la cosa está fea. A dos de los redactores de papá les ocurrieron accidentes. Necesito gente bragada, soltera y brava.

—No creo que sea muy difícil. La tinta de imprenta no cría cobardes. Hablaré con Tucson. Pero ¿quieres explicarme lo que ocurre?

—Por teléfono no, Mac. Te lo escribo.

—Hazlo pronto.

Cuando colgó el teléfono, éste repicó. Lo cogió, sabiendo casi seguro quién era.

—Smith al habla. ¿Puedo hablar?

—Tengo que verlo, Smith.

—¿Ahora?

—Ahora.

—Baje. Tome un taxi y vaya al parque. Pero asegúrese de que nadie lo sigue.

—Voy.

Salíó, y buscó un taxi. No parecía haber nadie siguiéndole. Llegó al parque. Smith estaba sentado en un banco, pero no hizo el menor movimiento al verlo. Lo que hizo fue dirigirse hacia el kiosko de salchichas calientes y comprar un bocadillo. Comenzó a comerlo. Luego, por último, se acercó al recinto de la feria.

Jim miró a su alrededor. Mujeres con sus niños, un policía viejo balanceando la porra... Nadie sospechoso, al parecer.

Smith estaba en la puerta del laberinto. Le hizo una rápida seña y entró en él. Un momento después Jim lo siguió.

Se encontraron en aquella maraña de espejos y falsas salidas. Uno de los bruñidos metales les devolvía la imagen de los hombres ridículamente bajos y gordos. Ellos mismos.

—¿Quién sigue a *miss* Slattery? —preguntó Jim.

—Un tipo de confianza, amigo. ¿Qué quería?

—Smith, necesito...

Habló en voz baja durante unos instantes. Smith asintió.

—Puede hacerse, pero quizá lleve algo de tiempo. Hay que estudiar el asunto.

—Hágalo, ¿quiere?

—Por supuesto, amigo. Oiga, yo no pregunto, pero ¿Daisy aprobará esto?

—Consúltelo.

—Nos ha dado carta blanca, amigo. Era por si acaso se torciesen las cosas. Daisy parece apreciarlo mucho, ¿verdad?

No preguntaba. Ahora, al caminar, se encontraban ante un espejo que los reflejaba altísimos y con caras de cadáver.

—Bien, ¿tiene miedo de que le intervengan el teléfono?

—La policía puede hacerlo.

—Sí, claro. En ese caso, tal vez podamos hacer otra cosa. ¿No tiene un puesto para mí en el periódico? Las cosas serían mucho más fáciles.

Jim Slaterry lo pensó un momento.

—¿Qué tal de ordenanza? Ello le permitiría entrar y salir sin despertar sospechas de ninguna clase.

—Eso estará bien para mí. Otra cosa, Slaterry: Si acaso llamo la atención sobre mí, me cambiaría de hotel. Tengo donde estar sin despertar sospechas. Usted siga sin llamarme. ¿Puedo entrar esta tarde a trabajar ya?

—Sí.

—Ahora, más vale que nos separemos.

Cuando regresó al diario, comenzó un artículo, pero esta vez no iba dirigido contra la policía. Lo hizo contra el concejal Myers, encargado de las obras públicas del municipio. Todo el mundo sabía que cobraba comisiones de varios contratistas, y que por ello las obras se alargaban interminablemente. Allí se citaban nombres y cifras.

A las dos, Smith entró en la redacción. Jim lo presentó como el nuevo ordenanza, y Smith se sentó en una silla a leer las tiras de cómics.

A la hora del cierre. Jim leyó con Lois y Judy el editorial, fresco aún.

—Marchaos a casa —dijo—. Yo tengo que hacer.

—¿No vienes conmigo? —preguntó la muchacha.

—No. Vamos, largaos. Y, una cosa, Judy, no salgas de casa esta

noche, ¿quieres?

—Bueno, pero...

—Y no discutas.

Ella no discutió. Cuando acabó el cierre, Jim salió con Smith. Respiró el aire de la calle. Se debía estar gestando alguna tormenta en el desierto, porque el ambiente estaba seco y se sentía la piel erizada.

Recalaron en el Zombie. Los camareros lo miraron con prevención, pero Margritte, desde la caja, pareció no verlo. Bebió un *whisky*.

Por fin, la mujer se bajó de la caja y caminó por detrás del mostrador, hasta encontrarse frente al periodista. Smith había elegido una mesa.

Había el suficiente ruido en el local, como para que no se les oyese. Había comenzado la atracción principal, compuesta por un *strip-tease* artístico, a base de combinaciones de focos luminosos que iluminaban un transparente tras el que una mujer se desnudaba. La música, sin ser atronadora, creaba un fondo suficientemente sonoro.

—¿Llegaron? —preguntó Jim.

—No. No pueden tardar. Cuando me veas entrar en mi despacho, y que alguien me sigue, sabrás que han llegado. Pero, Jim, ¿qué vas a hacer?

—No lo sé aún, pero algo.

—No me comprometas, Jim. Aunque...

Sus ojos brillaron.

—Aunque bien sabe Dios que me importa poco. Hace dos noches que no duermo, Jim, pensando en tu padre. Cuando venga ese tipo, yo fingiré contigo.

La música se detuvo, porque la chica, tras el transparente había acabado su *toilette* de noche y su gimnasia rítmica. Hubo aplausos bastante nutridos. La luz era tan escasa, que Jim no podía ver si Merwitz o algún conocido andaba por allí.

Fue al segundo *whisky* cuando vio a Margritte dirigirse a su despacho. Un hombre con chaqueta a rayas la seguía a cierta distancia. La puerta del despacho, situada al fondo del mostrador, se cerró.

Jim esperó cinco minutos. Luego hizo una seña rápida a Smith,

que estaba sentado ante su mesita, y se dirigió al despacho.

Empuñó el picaporte y empujó. La puerta no estaba cerrada.

Tras de su mesita, Margritte estaba contando unos billetes de cinco dólares. Frente a ella, el hombre de la chaqueta a rayas, la miraba.

Los dos levantaron los ojos al entrar Jim Slattery.

—¿Qué hace usted aquí? —preguntó Margritte con voz ligeramente chillona.

El hombre se había ido hacia un rincón. Jim se le quedó mirando.

—¿Qué es esto? ¿El pago de algún recibo? —preguntó Jim.

—A usted no le importa. Váyase —ordenó Margritte.

El hombre era de mediana estatura, pero muy ancho. Tenía la cara cetrina, y llevaba una camisa rosa con una corbata azul.

—Ya ha oído a la señorita. Váyase —dijo con voz ronca.

No miraba directamente a Jim. Su mirada parecía vagar por la habitación.

Jim dio un paso hacia él.

—Ponte un pañuelo en la boca —le dijo.

—¿Qué? —preguntó el otro sorprendido.

—Que te pongas un pañuelo delante de la boca. Quiero oír cómo suena así tu voz. —Váyase al infierno, bastardo —replicó el otro. Y llevó la mano al interior de la chaqueta.

Jim le lanzó un punterazo al codo y le acertó. La mano volvió a salir armada de una pistola, pero ésta cayó al suelo. Cuando el hombre, con una maldición ahogada, se agachaba para cogerla, Jim volvió a patearlo, esta vez tras de la oreja derecha. El hombre de la camisa rosa se vino abajo como un buey.

—Jim —dijo Margritte en voz baja—. Me vas a crucificar.

—No te preocupes. He venido a hablarte de mi padre y este tipo se insolentó conmigo. Por otra parte, me lo voy a llevar. ¿No hay algún sitio por el que pueda salir sin pasar por el salón?

—Está la puerta trasera.

Le señaló una puertecilla junto a su mesa.

—Da a un pasillo y al fondo está la puerta de servicio. El pasillo es para los vestuarios de las chicas. En este momento no habrá nadie. ¿Qué hago yo?

—Tan pronto como me haya marchado, grita.

Se encaminó a la puerta por donde había entrado y la abrió un poco. Smith estaba junto a ella. Le hizo una rápida seña y el hombre entró.

—Hay que sacarlo por esa puertecilla —dijo Slattery rápidamente. Lo haremos entre los dos, como si estuviese borracho. Una vez en la entrada, vaya usted a buscar su coche.

—¿Quién es? —preguntó Margritte—. ¿Quién es ése?

—No importa. Un amigo.

Sacaron al hombre al pasillo. Lo llevaron hasta la puerta de emergencia y Slattery esperó hasta que oyó el zumbido del motor. Metieron al hombre de la camisa rosa en el coche, en el interior, y Slattery se puso a su lado. Smith, en el asiento del conductor.

—¿Dónde? —preguntó.

—A Rocamore. A mi casa.

CAPÍTULO VI

Apenas doblaron la esquina de Rocamore, Jim dijo en voz baja.

—Deténgase, Smith. Pase despacio por delante de la casa.

Acababa de ver que en la puerta de su casa estaba un coche de la policía, destellando en la oscuridad su farol rojo.

El hombre de la camisa rosa estaba despertando. Jim volvió a golpearle en la cabeza con la culata de la pistola.

Smith hizo rodar el coche con lentitud. Jim vio cómo varios policías de uniforme y otros de paisano, salían de la casa. Subieron en el coche oficial y éste arrancó.

—Espere un poco, Smith —ordenó Jim.

Pasados cinco minutos, volvieron hacia la puerta de la casa. Cogieron entre ambos al hombre de la camisa rosa y Jim abrió con su llave.

La muchacha estaba en el *living*, de pie, mirándoles.

Nada más verla, Jim comprendió que algo había ocurrido. Ella estaba pálida aún.

Jim cerró tras de sí.

—Vamos a la cocina —ordenó.

Entraron en la cocina, cubierta de baldosines hasta el techo. Era amplia, enorme. Jim colocó al hombre sobre una silla. Tomó un trozo de alambre y le ató las manos y los pies.

—Ven a la sala —ordenó a la joven, que no había abierto la boca hasta entonces. Los tres entraron en el salón. La estufa eléctrica despedía un calor agradable.

—¿Qué ha ocurrido?

La joven se retorció las manos. Miró a Smith.

—Puedes hablar delante de él.

—Jim, iba a buscar el coche, cuando ocurrió. Un automóvil se me echó encima en la acera. Pude saltar a tiempo, porque un hombre me empujó, pero estuvo a punto de aplastarme contra la

pared. Fue intencionado, por supuesto.

—Naturalmente que lo fue. Santo Dios, Jud, deberías haberte marchado.

—Un momento —dijo Smith—. El hombre que la empujó... ¿qué hizo?

Subió a otro automóvil, y éste se lanzó sobre el que había estado a punto de aplastarme. Lo arrinconó en la esquina de Fairfax, lo metió en la acera y le hizo chocar contra la esquina. Luego oí algo así como tiros.

—Sí —dijo Smith satisfecho—. Sí, estuvo bien, ¿no es así, *miss* Slattery?

—Yo estaba mareada, a punto de desmayarme. Ya lo sé, soy una tonta, pero ver llegar hasta mí el morro del coche...

—¿Qué quería la policía?

—Saber quién había en el segundo coche.

—¿No en el primero?

—Bueno, también preguntaron eso, pero al parecer estaban mucho más interesados en el segundo. Me han dicho que mataron a los dos hombres que había en el coche que quiso arrollarme. Los mataron a tiros. Luego huyeron.

—Sí —dijo Smith. Lanzó una mirada a Jim Slattery—. ¿Conformes, amigo?

Jim apretó los labios.

—¿Conformes? Superlativo, Smith.

—Jim, si pudieras decirme...

—Espera un poco. Quédate aquí o vete a la cama. Smith y yo tenemos que hablar con ese tipo. Lo cogí cobrándole el barato y vamos a tener una charla con él.

Le pasó el brazo por los hombros y la apretó contra sí.

—Lo siento, nena. No volverá a ocurrir, si puedo evitarlo. Vete a la cama y no te preocupes si oyes... Bueno, no te preocupes. Otra cosa. Subiré luego a hablar contigo.

—De acuerdo, Jim.

Miró a Smith y luego subió las escaleras en dirección a su dormitorio.

—Vamos, Smith. Buen trabajo el de sus hombres.

—Están acostumbrados, eso es todo.

Llegaron a la cocina. El hombre de la camisa rosa había

despertado y los miraba con un odio que se mascaba.

—Bien, Smith, ¿usted o yo?

—Yo mismo, amigo.

Se dirigió al otro, le dio un bofetón en la oreja derecha y lo tiró al suelo con silla y todo.

—Esto, para entablar relaciones y empezar a conocernos. Bueno. ¿Quién te envió a cobrar el barato a ese lugar?

Una sola mirada a la cara de Smith, le bastó al hombre. No debía ser un tipo demasiado valiente, por otra parte.

—Espere —dijo trabajosamente—. No necesita pegarme así.

—Habla. ¿Quién? —preguntó Jim Slattery—. Smith, póngale en pie.

—Me envía un hombre. Usted lo conoce. Se llama Muriel.

—Ese tipo, ¿eh? Pero el que llamaba por teléfono eras tú.

—Yo no...

Smith le volvió a golpear, esta vez en la otra oreja.

Una mirada de profundo sufrimiento apareció en las pupilas del hombre.

—Escucha —dijo Jim apretando los labios—. A mi padre lo volaron hasta el cielo. No voy a gastar miramientos con ninguno de vuestra calaña, cerdos. Habla, o seguimos hasta partirte en dos.

—Sí, yo llamaba. Muriel me lo ordenaba.

—Y a él, ¿quién?

—Eso sí que no lo sé. Espere, no me pegue. Sólo sé que él era quien me daba las órdenes, entiéndalo, hombre. Y yo no fui quien envió el paquete a su padre.

—¿Muriel?

—Yo... yo creo que sí. No me peguen más. Creo que me han reventado un oído.

Smith miró a Jim. Éste asintió.

—No le peque por ahora. Así que crees que fue Muriel quien envió el paquete a mi padre, ¿no?

—Yo creo que sí. Pero no lo sé seguro, hombre. Mi palabra que no lo sé seguro. Pero es él quien me da las órdenes a mí.

—¿Dónde se puede encontrar a Muriel?

—Yo... Espere, lo voy a decir, pero no me pegue más. Tiene una amiga en el Mokambo. Va allí muchas noches.

—¿Lo han soltado?

—Salió esta mañana. Bajo fianza.

Jim apretó los labios. Kommas hacía bien las cosas. Ni siquiera debía haber llevado a Muriel ante un juez. Lo había soltado él solito.

—¿Cómo se llama la amiga de Muriel?

—Lily LaFrance. Bueno, así la llaman. Yo no sé si es o no su verdadero nombre.

—Está bien.

El abuelo de Jim había mandado excavar debajo de su casa una bodega. Habiendo probado los vinos de Francia durante la guerra de 1914, creyó que podría mejorar los vinos de California encerrándolos en aquel terreno seco. Los vinos conservaron exactamente su sabor, sin ganar ni grados ni calidad. Por último, el padre de Jim la había empleado para almacenar trastos viejos.

Abrió la portilla que daba acceso a la bodega y bajó los escalones.

—Deme a ese tipo —ordenó.

Smith se lo pasó. Jim encendió la bombilla y dejó al hombre en el suelo.

—Alguien te dará de comer y de beber —le dijo.

Y subió. Cerró la trampilla. Smith lo miró.

—¿Y bien? Me parece que yo tengo que hacer, amigo.

—Hágalo, Smith. Necesito eso cuanto antes.

Le dio un golpe en la espalda. Smith abrió la puerta trasera y echó un vistazo.

—Nadie —dijo—. Me llevo el coche, Slattery.

Y desapareció en la oscuridad de la calleja.

Jim encendió un cigarrillo y ascendió la escalera. Cuando llegó a la puerta del cuarto de Judy, llamó suavemente.

—Pasa, Jim.

Judy estaba en la cama. El cabello suelto, cayéndole sobre los hombros tostados por el sol, y que dejaba ver el descotado camisón.

Jim se sentó en el borde de la cama.

—Bueno, pregunta.

Ella lo contemplaba con sus ojazos. Parecía una enorme gata perezosa.

—No tengo ganas de hacer preguntas —dijo en un murmullo. Jim movió la cabeza.

—Es posible, pero las harías mañana.

—Mañana sería otro día, Jim.

Jim le cogió la mano y la atrajo hacia sí. Los labios de la muchacha buscaron los suyos febrilmente, como una ventosa. Bajo su mano, sintió la caricia tibia y elástica de la espalda de su prima. La sangre comenzó a correr pesadamente por sus venas. Se desasíó sin violencia. Ella lo contemplaba fijamente.

—Dime sólo quién es Daisy, Jim.

—No es una mujer, Jud. Es un hombre. ¿Puedes escucharme?

—Sí.

—En una ocasión, McNulty me envió a buscar pruebas contra Vitali Della Rossa. Vitali había llegado a Estados Unidos desde Italia hacía treinta años, y había subido a pulso desde oscuro pistolero hasta *capo*. Al menos, se suponía que era un *capo*. Mientras yo buscaba las pruebas, la hija de Vitali, una criatura de siete años a la que su padre adoraba, fue raptada por un antiguo pistolero que había servido a sus órdenes y al cual le había dado el cese por drogarse. El tipo se había encerrado en una casucha de Newark, y amenazaba con matar a la niña. En mi vida he visto a un hombre tan alterado, tan destruido como Vitali. Era incapaz de mover un pie ni una mano. Yo conocía a la niña. Me la presentó cuando le hice una entrevista en la cual iba a zancadillearle para enterarme de lo que Mac necesitaba. Una chiquilla preciosa como un ángel.

Hizo una pausa.

—Fui a buscar al raptor. Y no me preguntes por qué, Jud, porque no sabría responderte. Vitali no había dado noticia a la policía (el código del sindicato lo prohíbe formalmente), pero sus pistoleros rondaban la casa como lobos, para tratar de encontrar un resquicio por el cual librar a la niña. Yo fui un poco más vivo o tuve más suerte, no lo sé. Logré llegar hasta él y lo convencí de que debía entregar a la niña.

—Soy sobrina de periodista y me han salido los dientes entre las linotipias, Jim —dijo Jud suavemente—. ¿Cómo lo convenciste?

—Simplemente, llevándole droga, pero eso no se publicará jamás. Le llevé una caja entera de inyecciones y se las enseñé. Estaba medio loco, y hubiera matado a la niña y luego se hubiera matado. Al ver las inyecciones se puso a drogarse. Lo golpeé y le quité la niña. Lo último que supe de él fue que los hombres de Vitali

caían sobre él.

Respiró hondo.

—Vitali me besó en la cara. Y no fue el beso de la muerte sino el de confraternización. McNulty me echó una bronca porque había estropeado quizá el mejor artículo del año, pero mirando la carita de Rosaba, me conformé. Los hombres somos así de estúpidos a veces. Perdí el reportaje, pero Vitali no lo ha olvidado. Rosalía llamaba a su padre Daisy.

—Smith es uno de los hombres de Vitali, pues.

—Lo es. Y los que te han salvado la vida esta noche, también. Hemos tenido suerte, Jud. Los hombres a los que nos enfrentamos en esta ciudad, no son del sindicato. Vitali puede, pues, maniobrar contra ellos para ayudarme. De lo contrario, probablemente hubiera tenido que cruzarse de brazos. Como ves, soy un hombre de suerte.

—Así que Daisy no es una mujer. Bueno, eso era lo que quería saber, Jim.

Se tendió en la cama, y enlazó los brazos en el cuello de su primo. El tiempo pareció suspenderse.

El timbre de la puerta resonó como un pistoletazo. Jim maldijo en voz alta.

—¿Quién diablos será ahora? —dijo entre dientes. Se puso en pie y sacó la pistola de la funda sobaquera.

—No te muevas, pase lo que pase —dijo. Pero la joven había saltado de la cama y estaba colocándose la bata por encima.

—No voy a dejar que salgas solo. Podría ser uno de ellos.

—Es posible que haya uno de los hombres de Smith vigilando la puerta —respondió Jim—. Por lo menos, no bajos.

Descendió la escalera y se dirigió hacia la puerta. El timbre volvió a sonar otras dos veces mientras atravesaba el *hall*.

—¿Quién es? —preguntó.

—La policía. Abra, Slattery.

Volvió a guardarse la pistola y abrió la puerta. Kommas estaba en el umbral, acompañado por dos agentes de uniforme.

—Veo que no estaba durmiendo.

—No. ¿Qué quiere, teniente? ¿O ha venido solo a asegurarse de que estaba en la camita?

—No.

Pasó, seguido de sus hombres. Jim frunció las cejas hasta que

sus ojos parecieron dos rendijas triangulares.

—¿Qué diablos significa esto, Kommas? No le he dicho que entre.

—Tanto da. Quiero hablar con usted y con su prima.

—Está en la cama.

—¿Sola?

Jim alzó el puño. Uno de los policías sacó la pistola a ineditas de la funda.

—Adelante —dijo Kommas—. Intente pegarme y nos vamos a divertir todos.

Jim comprendió que llevaba las de perder. Ellos podrían decir cualquier cosa después y un juez podría creerlos. Bajó la mano.

—¿Qué, no se atreve a pegarme, Slattery? Es usted muy valiente con la pluma, pero no con las manos.

—Dígame lo que quiere.

—Quiero hablar con su primita. Quiero saber qué diablos ha ocurrido esta tarde. Ésta no es una ciudad para andar a tiros en ella, Slattery. Y los ha habido.

—¿Qué tiene que ver con ello mi prima, Kommas?

—Ella estaba presente.

—Ya la interrogaron sus hombres. Me lo ha dicho ella misma. ¿Qué es lo que quiere, en realidad? ¿Molestar? Kommas le echó la tripa encima, pegando su cara contra la de Jim.

—A mí no me va a hablar de ese modo. Lleve cuidado, Slattery, porque está metido en un asunto muy feo. Usted acusa y acusa, pero luego esconde la mano.

—No he escondido nada. Lea mi próximo artículo y lo verá.

—Eso, si lo veo. Por el momento, llame a su prima y dígame que quiero verla. Y rápido.

—Enséñeme su orden judicial.

—Así que esas tenemos, ¿eh?

—Esas tenemos, Kommas. Mandamiento o mi prima no sale de su habitación. Y dígame a sus esbirros que me pongan una mano encima u otra cosa por el estilo, y prepárese.

Kommas lo miraba. Su aliento hedía a alcohol.

—¿No le dice que baje?

—No. Y sus hombres son testigos de que le he pedido el mandamiento judicial. ¿Lo tiene o no lo tiene?

Desde lo alto de la escalera, una voz dijo:

—¿Qué quiere, teniente?

—¡Jud! Vuelve a la cama.

—No, Jim. No tengo nada que ocultar.

La joven apareció en el *hall*. Llevaba la bata ajustada y sujeta con la mano.

—¿Qué quiere, teniente?

—Saber quiénes eran los tipos que...

—¿Que intentaron atropellarme? ¿No lo saben ustedes?

—Me refiero a los que dispararon.

—No lo sé. ¿Un ajuste de cuentas, teniente?

La voz de la muchacha era suave. No la había elevado ni un solo momento.

—¡No hay ajustes de cuentas en la ciudad!

—Pues entonces, ¿qué puede haber sido eso?

—Sí —dijo Jim—. Díganoslo, teniente. ¿Qué?

—Sí. —No lo sé, pero cuando lo sepa, alguien va a bailar en...

Cerró la boca.

—Teniente, ¿quiénes intentaron atropellarme? Usted debe saberlo. Los habrán identificado, ¿no? Porque ellos intentaron atropellarme. Hay testigos.

Kommas los miró alternativamente.

—Vamos a interrogar a fondo a los testigos.

—Bueno, ¿aquí? —preguntó Jim—. No los veo por ninguna parte.

—Los estamos buscando. Pero hay algo más, Slaterry. Usted ha difamado al concejal Myers y éste ha presentado una demanda contra usted.

—¿La ha presentado a usted, Kommas?

—No, ante un juez.

—No me ha sido notificada la demanda, Kommas. Cuando la reciba, contestaré. Usted no es un alguacil. Creí que era un policía.

Kommas estaba derrotado y lo sabía. Si había contado con encontrar a la joven sola, los hechos lo habían chasqueado.

Intentó una retirada honrosa.

—Será citada mañana en la jefatura para declarar, *miss* Slaterry.

Jim contuvo la lengua.

—Iré en cuanto me citen, teniente —respondió ella.

El teniente Kommas dio la vuelta y se dirigió a la puerta. Sus hombres lo siguieron y Jim cerró la puerta tras de ellos.

—Cerdo —dijo tensamente.

—Como verás —respondió Judy—, he hecho bien en bajar. No podías enfrentarte a ellos. No ahora, Jim.

Slattery la miró pensativo.

—Lo has hecho muy bien, Jud. Es posible que yo hubiera hecho alguna tontería. Me ha sacado de quicio ese imbécil.

—¿Imbécil? Vamos, Jim. Precipitado, tal vez, pero no imbécil. Tiene miedo.

Jim encendió un cigarrillo.

—Más va a tener dentro de poco.

—¿Qué es lo que esperas, Jim?

—Noticias de Smith. Está haciendo algo para mí.

—¿Te va a llamar aquí?

—Le dije que no. Kommas puede haber intervenido el teléfono.

—¿No hace falta un mandamiento judicial también para intervenir un teléfono privado?

—Sí, pero Kommas puede hacerlo por su cuenta. No podría presentar lo que oyese de esa manera ante un juez, pero le puede servir para preparar sus baterías Smith vendrá esta noche si lo consigue.

—¿Qué es? Ven a la cocina. Tengo hambre.

Entraron en la cocina. Ella buscó en la nevera y en un momento preparó bocadillos de jamón y ensalada.

—Jim, soy unaperiodista fracasada. Me manejo mejor en una cocina que en una redacción. Pero tu padre opinaba de otra manera. Tal vez era porque no le gustaban mis guisos. Tal vez, porque le gustaban más los de...

El teléfono sonó. Jim frunció las cejas.

—No puede ser Smith. Dijo bien claro que no llamaría... Cógelo tú, Jud.

Ella lo hizo. Escuchó un momento y luego le pasó el aparato.

—Margritte —dijo en un susurro.

—¿Sí, Margritte?

—¿Jim? Necesito hablarte. Por lo que más quieras ¿podrías venir a mi casa?

—Margritte, ¿es urgente?

—Es endemoniadamente urgente. Escucha ¿sabes dónde vivo?

—No.

—En

Coleridge's

Motel. 15-L. Por Dios Jim, es muy urgente.

—Estaré ahí en media hora, Margritte.

—No te retrases, Jim. Es urgente, de veras.

Y colgaron. Jim se volvió a su prima.

—Parece que le ocurre algo, Jud. Voy a ir. Y tú vas a encerrarte con el cerrojo. No abras a nadie, sea quien sea, ¿comprendes? Y si oyes ruido en la bodega, no hagas caso. No creo que ese tipo haya podido desatarse. Voy a coger tu coche.

CAPÍTULO VII

El Motel de
Coleridge's

estaba en la carretera de Tucson, a cinco millas de Prescott. Cuando entró en el gran aparcadero, Jim se bajó del coche, pero no se acercó al edificio de recepción. Encima de cada una de las cabinas había un letrero luminoso con el número.

Buscó el

15-L

y llamó ligeramente a la puerta. No había nadie a la vista.

No respondieron. Volvió a llamar y luego empujó la puerta. Ésta se abrió.

Entró. La luz estaba encendida. Apenas pasó el umbral, vio que la puerta del dormitorio estaba abierta. Algo frío corrió por su espina dorsal, erizándole el vello de la espalda. No sabía qué, pero comprendió que algo andaba mal.

Se acercó a la puerta del dormitorio y echó una ojeada. Y entonces supo lo que andaba mal.

Muy mal.

Porque Margritte estaba tendida en el lecho vestida, pero con la ropa rota. No necesitaba echarle una segunda ojeada para comprender que había muerto.

Jim sintió deseos de vomitar, aunque no era la primera vez, ni mucho menos, que veía un cadáver. Margritte tenía los ojos muy abiertos fija la muerta mirada en el techo, y alguien le había metido una bala en la parte baja de la garganta.

Y había mucha sangre. La bala debía haber roto alguna arteria importante.

A lo lejos, oyó ulular una sirena. Sacudió la cabeza. El cadáver... hacía escasamente un cuarto de hora que había oído la voz de la mujer pidiéndole que fuera a verla y era su voz, de eso no podía

caber duda alguna.

Y ahora, estaba muerta y una sirena...

Dio un salto hacia la puerta, frotó con la manga de la chaqueta el pomo de agarre, saltó hacia su auto, se metió en él y lo puso en marcha. En todo ello no desperdició ni diez segundos.

Cuando los cinco faros del coche policíaco aparecieron en la lejanía, él ya estaba lanzado por la autopista.

Se cruzó con el coche de la policía segundos después. También venía a toda velocidad. Eso quería decir que los policías no podrían ver su matrícula, a no ser que lo fotografiasen. Era un riesgo que tenía que correr y aunque evidentemente alguien había llamado a la policía, ésta no tenía motivo alguno para suponer que fuese precisamente su coche el que buscaban, si es que buscaban alguno.

Llegó a su casa, pasó de largo para ver si había alguien vigilando, y luego dejó el coche en el garaje. No había luz en la casa. En la bodega oyó los ruidos indicadores de que el prisionero debía estar trabajando para soltarse. No obstante sabía que los alambres se lo impedirían.

Se desvistió a toda prisa. Mientras lo hacía, su prima llamó a la puerta.

—Espera un poco —dijo.

Cuando tuvo el pijama puesto, abrió.

No tardó ni cinco minutos en decirle lo que había ocurrido. Ella se llevó una mano a la boca.

—Jim, por Dios, esto es...

—Ésta es la manera que tienen ellos de trabajar querida. Están asustados y un hombre asustado puede hacer cualquier cosa. Ahora, vete a la cama. No podemos hacer nada por esa pobre mujer, pero sí podemos fingir que no nos hemos movido de aquí. Vamos, aprisa. No sabemos si pueden llegar de un momento a otro.

Ella obedeció. Jim se acostó, y apagó la luz. Duraste un buen rato estuvo pensando en lo que había ocurrido. Todo se había deslizado suavemente. Margritte llamó —por cierto, ¿estaba ya su asesino con ella y la había obligado a hacerlo?— la mataron y llamaron a la policía. Había estado a punto de caer en una trampa absurdamente tonta, pero bien montada por los matadores.

Le costó trabajo dormirse.

Fue a las siete de la mañana cuando la policía llegó a la casa.

Jim, despeinado, recién salido de la cama, al parecer, les abrió.

Kommas estaba en el umbral.

—¿Otra vez usted? ¿No duerme?

—Cuando mi obligación me despierta, no. ¿Qué hizo usted anoche?

—Usted lo sabe. Estuvo aquí, ¿no recuerda? ¿Viene a traerme la citación judicial personalmente?

—No. Es otro el asunto que me trae. ¿Qué hizo? Me refiero a después de marcharme yo.

—Meterme en la cama, teniente. ¿Le explico también lo que soñé?

—Déjese de tonterías. Responda.

—Estoy respondiendo teniente, ¿no? ¿A qué viene todo esto?

—Usted estuvo anoche hablando con la amiguita de su padre.

—No sé ni de qué me habla.

—¡Con Margritte, la dueña del Zombie!

—Sí, estuve en su casa.

—Y estuvo con ella a solas.

—¿A solas? Había medio Prescott en el Zombie.

—Usted entró con ella en su despacho. Nos lo ha dicho uno de los camareros.

—Bueno, quería hablarme de mi padre.

—¿Estuvo solo con ella?

—Había allí otro individuo.

—¿Ah, sí?

Los ojos de Kommas brillaron como el gato ante la jaula del canario.

—¿Y qué fue de él?

—Lo ignoro. No me preocupaba. Pero ¿a qué viene esto?

—¿No se peleó con el hombre?

—No, ¿por qué diablos me iba a pelear con él? No lo conocía siquiera. ¿Quién era?

—Eso no importa. ¿No vio luego a Margritte?

—No, por supuesto que no.

Se irguió.

—Y ahora, ¿a qué viene todo esto?

—Alguien mató a Margritte.

—¿A Margritte? ¿Por qué, Santo Dios?

—No lo sabemos. Alguien que podía tener motivos para hacerlo, por supuesto.

—Pues bien, búsquelo, en ese caso. Aquí no lo va a encontrar.

—Slattery, desde que usted llegó están sucediendo cosas raras aquí, en Prescott.

—Dispense, teniente: estaban sucediendo antes. Mis artículos lo prueban. Y los de mi padre, también.

—¡No estoy hablando de artículos, aunque de los suyos hablaremos en otro momento! Pero no podemos permitir, que la gente se líe a balazos en la calle, ni que maten a mujeres.

—Exacto. No lo permita. Haga algo, teniente. Consulte con el comisionado y haga algo.

—¡No tiene que explicarme mi deber!

—Magnífico. Cúmplalo entonces y no hablemos más del asunto. Me alegraré por Prescott y por usted. Porque no le niego que estoy dispuesto a cumplir también con mi deber. Mataron a mi padre porque decía la verdad y eso no lo voy a olvidar fácilmente. No quiero olvidarlo, ¿lo oye, Kommas? ¿Qué ha hecho la policía en el asesinato de mi padre? ¿Dónde están los detenidos? ¿Por qué le da usted más importancia a que hayan matado a dos individuos que querían asesinar a mi prima que a los que mataron a mi padre? Conteste a eso si puede y luego haga lo que tenga que hacer. Y ahora, déjeme en paz.

Kommas lo miraba con odio mortal.

—Así que piensa usted seguir provocando a la opinión pública, ¿eh?

—Si llama usted provocación a lo que hago, sí. Pero es usted quien emplea esa palabra.

—Pues entonces, escuche esto, Slattery: no nos hacemos responsables de lo que pueda ocurrir si sigue excitando a los ciudadanos honrados.

—¿Eran ciudadanos honrados los que volaron a mi padre?

—¡No me refiero a ellos! Me refiero a meterse con gente como...

—¿Como Merwitz, Myers, y algunos otros, teniente? Esos están ya bajo mi punto de mira. Que se defiendan ellos. O, ¿piensa usted que sean ellos los que asesinaron a mi padre? Yo no me he metido con otra clase de gentes.

Kommas dio media vuelta. Al llegar a la puerta, giró la cabeza y

dijo por encima del hombro:

—Sólo le advierto eso: de un paso en falso y le caigo con toda mi fuerza encima.

—Consejo por consejo: Dé usted otro paso en falso, teniente, y ya verá lo que ocurre con la Prensa.

Hizo un gesto con el brazo. El teniente salió.

El *Dispatch* publicaba una escueta noticia sobre el asesinato de Margritte Zwi, atribuida a autores desconocidos.

A las ocho y media, un momento antes de salir para el periódico, Smith llamó por teléfono.

—Hola, amigo. O. K.

—Gracias. Nos veremos en el periódico.

—Nos veremos.

Cuando ambos salían de la casa, Jim se detuvo. Alzó la mano e impidió el paso a su prima.

—Cuidado —dijo en voz baja.

—Lo he visto —respondió ella ligeramente temblorosa.

—Métete dentro como si buscaras algo que se te hubiera olvidado.

Un coche oscuro, con cortinillas en las ventanas traseras, había arrancado lentamente al asomar ellos a la puerta. Avanzó por el centro de la calle.

—¡Adentro!

Judy se metió en la casa, y Jim la siguió dejando la puerta entornada. Era el momento. El coche oscuro había ganado velocidad y se lanzaba hacia la casa, girando lentamente.

Y en ese momento un camión de reparto apareció en la esquina. Era de mediano tamaño, e iba a buena velocidad ya. Los del primer coche vieron cómo el camión avanzaba el morro, y dieron un volantazo a su automóvil, para evitar la colisión.

El camión de reparto cogió la aleta delantera izquierda del coche, le hizo dar media vuelta y chocar contra el costado del camión. Luego, sin disminuir la marcha, lo empujó contra la acera, y lo cogió contra una boca de riego. Se oyó el ruido de planchas metálicas que se abollan y un grito.

El camión siguió su camino como si no se hubiera enterado siquiera del accidente, y un momento después se perdió doblando la próxima esquina. Todo ello había sido rapidísimo.

Del coche aplastado salió un hombre, llevándose las manos a la cara. Tropezó con el encintado, cayó de rodillas y luego se quitó las manos de delante de los ojos, se puso en pie y comenzó a caminar, tratando de alejarse del coche.

Judy se llevó las manos al pecho.

—¿E-e-ellos, Jim?

—Supongo que sí. Espera un poco.

El hombre se había perdido ya. Un grupo de gente se acercaba al automóvil aplastado y estaba tratando de sacar a alguien del interior. Jim se incorporó al grupo.

—Hay dos hombres dentro —dijo uno de ellos—. Pero ¿habrá salvajes? ¿Se han fijado en la matrícula?

—Estaba llena de polvo —dijo otro—. No he podido verla. Pero ¡avisen a la policía, diablos, hagan algo!

Jim vio cómo extraían dos cuerpos del automóvil. Ninguno de ellos era muy rubio y con ojos muy azules. No hacía falta que se asegurase, porque había visto la cara del que huyera. Era Muriel.

—Ese hombre debía ir herido —dijo una mujer—. ¿Por qué ha escapado?

—Lo ignoro —respondió Jim. Volvió a la puerta de su casa, mientras alguien telefoneaba a la policía, y cogió a Judy del brazo.

—Vamos, nena. No tenemos nada que hacer aquí.

Llegaron al periódico en seguida. Smith estaba en su puesto, leyendo los cómics del *Dispatch*.

Se metió en el despacho, detrás de Jim.

—Lo tengo —dijo—. Me ha costado trabajo, pero lo tengo.

Se miró las manos.

—Aún saben abrir una cajita fuerte —dijo, satisfecho—. No he perdido tacto, por cierto.

Jim respiró satisfecho. Alargó la mano.

—Un momento —dijo Smith—. ¿Dónde piensa guardarlo? No puede dejarlo por ahí. Tan pronto como se sepa que ha sido robada la caja fuerte de la Vita donde su padre guardaba eso, alguien lo va a relacionar con el asunto. Y van a tratar de recuperar las pruebas.

—Nadie va a hablar de pruebas, Smith. Ni yo mismo lo voy a mencionar. Les daré con las pruebas en la cara, pero no hablaré de ello hasta ese momento. Nadie sabrá de dónde las he sacado.

—Previendo eso —dijo un poco pedantemente Smith— desvalijé

dos cajas más. Eso fue lo que me llevó más tiempo que el abrir una sola. La de su padre no me hubiera preocupado.

—¿Cómo entró en la Vita? —preguntó Jim curiosamente.

—Oh, lo que no sepa, no le hará daño. De todas maneras puedo decirle que sólo rompí dos cristales y que inutilicé un timbre de alarma que un niño podría desconectar. En este pueblo no parecen estar muy al tanto de los métodos modernos —añadió con una sonrisa.

—Esto me ahorra tener que traer dos periodistas de Tucson —dijo Jim—. Vamos dímelo.

Smith sacó un sobre abultado del bolsillo y lo puso encima de la mesa.

—¿Dónde lo va a guardar? —preguntó.

Jim dio la vuelta a la mesa, se dirigió al mueble bar y lo abrió. Dejó en él el sobre.

—¿Ahí? —preguntó Smith incrédulamente.

—Por el momento, sí. Hasta que saque treinta copias, que va a ser ahora mismo. ¿Le parece bien esa manera de guardar pruebas?

Smith sonrió.

—Muy buena. ¿Y qué hará con las copias?

—Enviarlas a ciertas personas. Liaré las copias tan pronto como lo haya leído.

El teléfono sonó. Jim lo cogió. Era el presidente de la Vita. Hablaba agitadamente.

—Míster Slattery, ha sucedido algo increíble. Por Dios, esto será causa de que me... Por Dios, por Dios.

—¿Qué ha ocurrido? Hable claro, por favor.

—Han asaltado las cajas fuertes de la Vita esta noche.

—¿Quiere usted decir que la de mi padre...?

—¡Una de ellas míster Slattery! —gimió el otro—. Esto es horrible. Nunca había sucedido.

—¿Ha dado parte a la policía? —Por supuesto. El sistema de alarma no funciona. No sé cómo explicarle, míster Slattery...

—¿Qué guardaba mi padre en esa caja?

—No lo sé. El tenía su llave y nosotros otra, por supuesto, pero jamás la habíamos utilizado. ¿No lo sabe usted?

—No, supongo que valores. Tendría que averiguarle.

—Por supuesto, y desde luego, la Vita se hace responsable de la

pérdida, pero..., Por Dios, por el amor de Dios, una cosa así...

—Lo averiguaré por el abogado de mi padre y por su corredor de bolsa, señor. Ya entraré en contacto con usted.

Colgó, sonriendo.

—Judy, saca copias de todo eso. Haz cuarenta o cincuenta. Supongo que eso te llevará toda la mañana. No importa.

—Me pondré ahora mismo a la faena, Jim. La copiadora está preparada.

—Enciértrate en el despacho y hazlo.

Ella se marchó taconeando.

—Smith. Un hombre se escapó del automóvil que esta mañana...

—Lo sé, Slaterry. Y se le está buscando.

—En el Mokambo hay una tal Lily LaFrance. Usted lo oyó anoche. Busquen por ahí.

—¿Cree que no me gano el sueldo, señor Slaterry?

—No, no, no quise decir eso.

—Si aparece por allí, alguien me avisará. Pero sólo contamos con la pista del Mokambo, no conocemos el domicilio particular de la LaFrance que por otra parte no sabemos cómo se llama, en realidad.

Cuando el teléfono repicó, Jim escuchó una voz desconocida.

—¿Slaterry? Soy Humphrey, el comisionado de policía.

—¿Cómo está, míster Humphrey? —Disgustado, Slaterry. Muy disgustado.

—Siento mucho oír eso.

—¿Podría hablar en privado con usted?

—Pues, sí, por supuesto. ¿Por qué no viene a mi despacho? Yo estoy muy ocupado.

—¿A su despacho? Bueno, yo había esperado que viniera usted al mío. También estoy muy ocupado.

Jim lo pensó un momento.

—¿Partimos la diferencia, míster Humphrey?

—Por Dios, no estamos regateando. Pero... Bueno, hagámoslo.

Jim había ganado la partida.

—Iré a su despacho, míster Humphrey. Me desligaré de lo, que me ocupa e iré.

—Gracias.

La voz sonaba seca. Humphrey se había dado cuenta de la

maniobra. Slattery lo había llevado a su terreno y luego había hecho una cortesía. La cortesía del ganador.

—¿Ahora, por ejemplo?

—Por ejemplo, sí.

Cuando llegaba a la puerta, seguido por Smith, un hombrecillo de aspecto insignificante, le cortó el paso. Smith se llevó la mano disimuladamente al pecho.

El otro preguntó:

—¿Míster Slattery?

—Soy yo.

—Bien, tenga.

Y le puso un papel en la mano. Slattery sonrió. Era el método favorito de los alguaciles para entregar una demanda de comparecencia. Si el aludido se olía la treta, podía negarse, y las comparecencias han de ser entregadas forzosamente en propia mano.

La citación era ante el juez Lewis, por demanda de Martin Myers concejal del Ayuntamiento.

—Usted está advertido —repitió formulariamente el alguacil. — Conformé. No pensaba negarme a recibirla.

Salió y montó en el coche de la muchacha. Smith iba a seguirlo, pero Jim dijo en voz baja.

—No, Smith. Mi prima. Yo no corro peligro... ahora.

—Como quiera.

—Dígale a Judy que cuide de las copias. Y... otra cosa, Smith, necesito que saquen a ese hombre de mi casa y lo dejen en lugar seguro. No puede continuar allí indefinidamente.

—Lo haremos. Me ocuparé de ello en seguida.

—Gracias.

El comisionado lo recibió en su despacho. Cuando Jim entró cerró la puerta tras de él y le ofreció un sillón. Era un hombre altísimo, de gran porte, con los cabellos grises. No hacía falta ser un lince para comprender que aquella apostura le había valido en gran manera para ser reelegido. Debía dar muy buena impresión en fotografías y espacios televisivos.

—Slattery —dijo—. Estoy sumamente disgustado.

—Y yo, señor comisionado. Estoy sumamente disgustado también.

El otro frunció las cejas.

—Hablo en serio.

—Y yo. Mi padre recibió un encargo para algún lugar donde nadie puede saber lo que piensa. ¿Lo ha olvidado?

—Lo he sentido mucho y ya se lo dije. Pero no se trata de eso. El teniente Kommas...

—¿También está disgustado, señor Humphrey?

—Está furioso, Slattery. Muy furioso. Dice que usted está jugando con fuego y que ataca sin motivo. Y lo mismo opinan el concejal Myers y Merwitz.

—Ésos son cuenta aparte, ¿no, señor Humphrey?

—En cierto modo, pero cuentan, por supuesto. Son personas influyentes. Muy influyentes.

—Mi padre lo era también. Lo quitaron de en medio, por eso, precisamente.

Humphrey pareció perder momentáneamente la calma.

—Dejemos a su padre aparte, si le parece, Slattery. Se busca a sus asesinos y cuando los encontremos van a recibir un castigo ejemplar. Se lo prometo. Pero por el momento...

—Bien, volvamos a Kommas. ¿Qué le ocurre? Señor Humphrey, sé lo que me va a decir, pero si quiere le escucho. Por otra parte, usted tendrá que escucharme después.

—Siempre estoy dispuesto a escuchar, Slattery. Kommas se queja de que usted ha formado varios líos, se ha metido en conflictos y que...

Se detuvo como pensando lo que iba a decir después.

—Y yo me quejo de que se ha atentado contra la vida de mi prima, y Kommas parecía mucho más interesado en la muerte de los que lo intentaron que en perseguir a los que atentaron contra ella. Y que lo único que parece que le importa es amordazarme, a lo cual no estoy dispuesto. De que me ha molestado varias veces estúpidamente, y de que cobra impuestos que no llegan al Ayuntamiento.

—¿Qué dice? ¿Está loco?

Parecía la viva imagen de la sorpresa. Slattery comprendió que no se debe acorralar a un hombre. Moderó su tono.

—Tengo pruebas, señor Humphrey.

—Enséñemelas y...

—Las tendrá dentro de muy poco. Pero Kommas lo está haciendo. Es un descrédito para el municipio y una deshonra para tantos policías honestos como hay por el mundo. Cobra el barato, señor Humphrey, y no me importa que le diga que yo lo he dicho, ¿comprende? No me importa, porque cuando las pruebas le estallen en la cara, alguien va a tener que hacer algo con él. Humphrey estaba pálido.

—No puedo creerlo. ¿Qué clase de pruebas? ¿Dónde las ha conseguido usted?

—Mi padre las tenía. Y yo tengo otras.

Encendió un cigarrillo y se inclinó en su sillón.

—Míster Humphrey, ¿quiere usted enterarse de esas pruebas por medio de un artículo editorial del *Herald*, o prefiere que las examinemos a solas?

—Naturalmente, preferiría que no trascendiese al público. La fuerza de policía es honesta, y un solo garbanzo negro...

—En ese caso, piense en una cosa: Destituir a Kommas y sustituirlo por un oficial honesto e íntegro. No queda otro remedio, míster Humphrey, si no quiere que toda la fuerza policíaca se vea en una situación muy violenta.

—Pero, naturalmente, cuando usted me proporcione las pruebas...

—¿Las quiere esta misma tarde?

—Naturalmente.

—Las tendrá. Y si son convincentes para usted, ¿destituirá a Kommas y lo entregará al fiscal para que lo juzgue?

En la frente de Humphrey habían aparecido visibles muestras de sudor.

—Lo... haré, si en efecto son convincentes.

—Gracias. No esperaba menos de usted. Y ahora le diré una cosa: Yo mismo oí a *mistres* Zwi, a la cual habían asesinado anoche, según el *Dispatch*, que Kommas te cobraba el barato. Esto, aparte de las pruebas que presentaré.

—Por Dios... pero si esa mujer no puede declarar... Usted mismo dice que la han asesinado.

—Porque me dijo eso. No podía seguir viviendo, pienso.

—Bueno, veremos... Naturalmente Kommas no podría seguir mandando la fuerza policíaca si ello se demostrase. Y podría ser

entregado al fiscal y procesado. Pero tienen que ser pruebas firmes, no simples habladurías.

Jim se puso en pie.

—Gracias, señor Humphrey.

El comisionado parecía abrumado. Jim podía leer sus pensamientos. Tanto si él sabía lo que había estado haciendo Kommas como si no, veía su cargo político en el aire.

—Otra cosa, señor Humphrey: ¿Ha hablado con el alcalde?

—No, por supuesto que no, pero sí lo ha hecho el concejal Myers.

—¿Y cuál es la opinión del alcalde?

—Pues... en principio decidió apoyar a Myers, pero si efectivamente hay pruebas de cohecho... tendrá que revisar su opinión, evidentemente.

Todo parecía girar en su mente alrededor de las pruebas. Jim podía ver a la perfección que el comisionado hubiera podido seguir manteniendo su postura durante mucho tiempo... a no ser por las pruebas. No debía ser nada cómoda su postura.

—Las hay, señor comisionado.

—Hablaré con él.

«Lo harás en cuanto salga yo del despacho», pensó Jim. «Eso, por supuesto».

El comisionado le tendió la mano. Venciendo su repugnancia, Jim se la estrechó. De pronto, y pese a que no había dejado de pensar en ello durante toda la entrevista, hizo ademán de recordar algo.

—Señor Humphrey, ¿quién podría sustituir a Kommas? Con garantías, desde luego.

—Pues... así de repente...

Se dio un golpe en la frente. No le había cogido tan desprevenido la cosa como parecía.

—Hay un joven teniente, graduado en la Escuela Policiaca del Estado... Se llama Lombard. En la actualidad se ocupa del tráfico.

—Hable con él y déjeme que le eche un vistazo, ¿quiere?

—Lo haré. Naturalmente, hasta tanto no se investiguen esas pruebas, la cosa debe mantenerse en secreto, míster Slattery.

—Por mí, de acuerdo. Póngame en contacto con él inmediatamente.

Parecía que él era quien daba órdenes ahora. Con la mirada puesta en su futura permanencia en el puesto, Humphrey asintió. Estaba dispuesto a colaborar.

—Pronto lo haré, Slattey. En efecto, hay que hacer algo.

CAPÍTULO VIII

Judy tenía las copias terminadas ya. Jim cogió un juego de ellas y las comenzó a leer. Lois leía por encima de su hombro.

Allí estaba todo.

Tob Slattery había hecho un buen trabajo, concienzudo, tenaz y claro. Una lista de los establecimientos que pagaban protección, los cohechos del concejal Myers, el cual daba trabajo a sólo dos compañías constructoras que se repartían todas las obras públicas del municipio, y la lista de todos los establecimientos que Merwitz había abierto en la ciudad, ocho de los cuales estaban destinados a la prostitución declarada o camuflada.

Myers, Merwitz y Kommas. Y por encima de ellos, permitiéndolo o cerrando los ojos, el comisionado de policía y el alcalde. Jim cogió el teléfono y marcó un número.

—*Dispatch* al habla —dijo una voz femenina.

—Póngame con míster Hare. Habla Slattery, del *Herald*.

Un minuto y:

—Hare al habla, Jim. Precisamente quería hablar contigo y...

—Un momento, míster Hare. Quisiera entrevistarme con usted. No quiero hacerlo por teléfono.

—Con mucho gusto, muchacho. ¿Ahora?

—Ahora. ¿Puede usted venir a mi despacho?

Una ligera vacilación.

—Pues, sí, naturalmente. Es... ¿es importante, verdad?

Ya debía haber oído algún rumor. Se notaba en el tono de su voz.

—Mucho, míster Hare.

Hare era un hombre grueso, colorado, que llevaba un enorme puro atornillado entre los dientes. Estrechó la mano de Jim.

—Míster Hare, no pienso hacerle perder el tiempo ni perderlo yo. Usted sabe lo que hizo mi padre. Usted sabe lo que estoy

haciendo yo. Ahora, sólo deseo hacerle una pregunta. ¿Está conmigo o no?

Hare le clavó los ojos azules.

—He oído muchos rumores, Jim, muchacho. Al parecer has disparado el tiro de salida.

—Mi padre lo hizo, míster Hare. Yo sólo sigo la línea.

—Y... ¿caiga quien caiga?

—Estoy dispuesto a todo, míster Hare.

—El *Dispatch* tiene menos suscriptores que el *Herald*, y menos anunciantes. Mi deseo hubiera sido comprar el *Herald* para poder absorber todo el mercado de la ciudad.

—Lo sé. Pero ¿con qué objeto?

Los ojos azules no se apartaban de Jim.

—Sólo ése. Controlar el mercado.

—¿Y la opinión?

—Después hubiéramos visto.

—Míster Hare, dígame si me equivoco. Usted no hubiera levantado la tapadera.

—Al menos, Jim, no lo hubiera hecho como tú lo estás haciendo. Hubiera sido más... guante de piel y mano de hierro dentro.

Jim pasó por alto la observación.

—Pues yo la estoy levantando a mi manera y voy a continuar. No vendo el *Herald*... por ahora. Quizá no lo venda nunca. No lo sé, no lo he decidido aún. Lo que quiero saber es si usted va a permanecer al paio: a ponerse contra el *Herald* o a ayudarlo. ¿Qué, míster Hare?

Hubo un silencio.

—Jim, muchacho, he oído algunos rumores acerca de ciertas pruebas.

—Sí.

—¿Las tienes?

—No era eso lo que quería oírle, míster Hare. Era si va usted a continuar neutral o no.

—Hay que ser realistas, Jim. Es cierto que yo solo no hubiese levantado la tapadera de la olla. Pero si hay alguna posibilidad de salir con bien de la limpieza... iría contigo.

—Gracias. Era lo que quería oír. Cuando salga el *Herald* de hoy, láncese tras la pista de la liebre. Sígala. Apoye.

—Lo haré... sí hay pruebas que no me lleven a un juzgado por difamación.

Jim abrió el cajón, sacó una de las copias de uno solo de los documentos y se la alargó. Hare lo leyó y lanzó un suspiro.

—¿Todo es como esto, Jim, muchacho?

—Todo.

—Entonces, seguiremos la pista. Pero, como es lógico, tendré que citar tus artículos, aunque los refuerce con mis editoriales. Yo no tengo las pruebas. Si pudieras dárme las, aunque tú te reservases las primicias...

—Lo siento, no puedo hacerlo aún.

—Bueno, sea como sea, sigo. ¿Te vale?

Se estrecharon las manos. Jim había visto en los ojos del otro el brillo del periodista que olfatea la noticia. Sabía que ahora podía confiar en él.

Hare se marchó. Jim escribió el artículo y lo mandó a Lois para que entrase en máquinas. Lois subió con el papel en la mano.

—Jim, hay dos tipos ahí enfrente que no me gustan nada. Llevan mucho tiempo parados sin hacer otra cosa que mirar a hurtadillas la casa.

Jim fue hacia la ventana y lanzó una ojeada fuera. Junto a la puerta de la ferretería de Hopkins había dos hombres. Llevaban chaquetas de cuero, pese al calor, y fumaban apoyados en la pared. Junto a uno de ellos había una bolsa de deportes, en el suelo.

Se volvió en redondo.

—No se preocupe, Lois. Pero que no pasen de la puerta, si es que lo intentan. No lo creo, pero que no pasen. Avise al nuevo ordenanza.

Smith apareció, andando lentamente, casi arrastrando los pies.

—Venga aquí. ¿Ve esos tipos?

Smith miró.

—Sí.

—Me gustaría saber qué hacen parados ahí desde hace horas. Y me gustaría saber lo que...

—Lo que llevan en la bolsa, ¿verdad?

—Smith, sí. Escuche, uno de los modos más rápidos y efectivos de fastidiar a un periódico es asaltarlo y echarle arena en las prensas. Y no me gustaría que una cosa así ocurriese.

Smith se dirigió al teléfono. Con él en la mano, se detuvo.

—¿Pudiera estar intervenido?

—Sólo la policía ha podido hacerlo. Pero... pudiera haberlo hecho.

—Comprendo.

—Creo, Smith, que puede usted arriesgarse.

—No, amigo. No lo voy a hacer. Pero necesito que espere usted durante media hora nada más. Sólo eso.

—Hágalo. Pero no me diga lo que va a hacer.

Smith lo miró. Por primera vez desde que lo conocía, Jim vio aparecer algo así como una chispa humorística en los ojos del hombre de Daisy della Rossa.

—No pensaba decírselo, amigo. Voy a salir por la puerta del muelle de descarga de camiones.

Jim se puso a escribir su artículo. Comenzaba con la muerte de Margritte Zwi, y aprovechaba la ocasión para hablar de la prostitución en los lugares de recreo nocturno. Acababa con la protección que habían de pagar tales lugares y que les obligaba por tanto a encarecer los precios. Esto no hubiera sido demasiado malo, de no ser porque la protección también la habían de pagar comerciantes que a su vez la recargaban sobre los precios. Finalizaba: La policía debía saberlo, pero nada hacía por impedirlo. ¿Por qué? El teniente Kommas, jefe de dicha policía...

Se había acabado el tiro por elevación. Los disparos iban ahora derechos al blanco.

—Lois, que corran las prensas.

Lois lo leyó rápidamente. Sus nudosas manos se abrieron en un expresivo gesto.

—Que corran y que...

Jim se había aproximado a la ventana.

—Lois, venga acá.

Los dos hombres que habían estado detenidos durante tanto tiempo en la acera de enfrente, continuaban allí. Pero un coche se acercaba lentamente hacia ellos. En la ventanilla del conductor, una cabeza de hombre miraba a ambos lados como si buscara algún número de la calle.

El coche alcanzó la ferretería de Hopkins y se detuvo. Jim sonrió. Se imaginaba lo que seguiría, pero ello no le quitaría ni un

solo adarme de placer al contemplarlo.

—Lois, no se lo pierda.

—Ni por un millón. ¿Usted conoce a éstos...?

El hombre que guiaba el coche había abierto la portezuela de su lado. Al mismo tiempo, la portezuela trasera se abrió repentinamente y tres individuos surgieron por ella. Sincronizadamente. Uno de ellos se dirigió recto a la maleta y la cogió. Los otros dos sacaron dos tubos o dos barras de metal. —Jim no podía verlo desde su puesto de observación—, y golpearon. Rápida, efectivamente. Luego, cogieron ambos cuerpos que se habían venido al suelo, y los metieron en el coche. Jim miró su reloj. Diez segundos exactamente.

El automóvil arrancó tan silenciosamente como había llegado. Una mujer que salía de la ferretería gritó que habían asaltado a alguien. El ferretero salió y Jim no vio más.

Había vuelto a su mesa.

—Lástima —dijo Lois concentradamente—, que tu padre no hubiera dispuesto de los... medios de que tú dispones, al parecer.

Jim lo miró rectamente a los ojos.

—Lois —dijo—, lástima que él no me dijera lo que estaba haciendo.

Se cogió la cabeza con las manos. Lois le palmeó en la espalda.

—Es duro, ¿verdad, muchacho?

—No es usted la primera persona que en esta ciudad me llama «muchacho» y ahora no sólo no me ofende sino que lo agradezco. En este momento no soy más que eso, un muchacho, Lois. Un muchacho que echa de menos a su padre.

Lois carraspeó. Sus ojos se habían llenado de lágrimas.

—Maldición —dijo—. Cuando vuelvas al Este...

—Lois, ¿por qué piensa que voy a volver al Este?

—Pues porque...

—No lo he dicho, ¿verdad? Y, ¿sabe una cosa? Pienso que me voy a quedar aquí. No todo es barrer, Lois. Hay que conservar las cosas limpias de polvo. No, aún no sé exactamente si quiero o no volver.

Meditó un momento.

—No, no lo sé.

Smith entró sin llamar. Se apoyó contra la puerta, sacó un

cigarrillo bajo la mirada de los otros dos hombres y lo encendió.

—¿Conforme, amigo?

—Gracias, Smith. Supongo que los habrán llevado a lugar seguro.

—Tan seguro como Fuerte Knox. Harán compañía al otro.

Frunció las cejas, como si recordase algo.

—Amigo, espero que le diga a quien usted sabe —dirigió una mirada oblicua a Lois—, que hemos hecho lo que hemos podido.

—Sí —respondió Jim—. No se preocupe. Lo haré. Y, Smith, ¿qué había en esa maleta?

Smith carraspeó.

—Pues... algo que le interesaría a la policía. Mucho. Cinco kilos de plástico. No los he pesado, naturalmente, pero a la estima, habrá eso.

Lois maldijo por lo bajo.

Jim dijo:

—¿Las tiene en lugar seguro, también?

—Las tengo, Slattery.

—Bien, guárdelas. Judy, envía con un mensajero un juego de copias de las pruebas al comisionado de policía.

Pero apenas acababa de hablar, cuando el teléfono sonó.

Era el comisionado en persona.

—Slattery, le envío al hombre de que hablamos. ¿Quiere usted entrevistarse con él?

—Naturalmente que sí. Pero que sea ahora mismo.

—Ya va para allá.

Lombard era un hombre joven, con lentes de gruesa armadura y aspecto tranquilo. Estrechó la mano de Jim.

Éste no se anduvo por las ramas.

—Lombard, ¿sabe a lo que viene aquí?

—Tengo una idea, Slattery.

—Y... ¿lo aprueba?

—Espero a lo que usted me diga.

—Usted está encargado del tráfico, y yo he visto que el tráfico marcha bien en Prescott. Pero ésa no parece una tarea de un policía graduado en la Academia del Estado. Allí les enseñan otras cosas.

Lombard sonrió.

—En principio, yo estaba destinado a la Dirección Técnica. Pero

Kommas me envió a tráfico.

—Comprendo. ¿Había hecho usted algunos servicios que no le gustaron a Kommas, verdad?

—Pues, podría decirse que sí —respondió el otro sin comprometerse aún.

—Pues bien, ¿qué me diría de ocupar el puesto de Kommas?

—¿Es que ha renunciado?

Sonreía.

—No, no ha renunciado, pero tal vez tenga que hacerlo. Contésteme categóricamente, Lombard, ¿sí o no?

—Categóricamente, sí.

—¿Encuentra usted que Kommas cumple mal con su deber?

—Creo que Kommas es un tipo podrido hasta el tuétano. Hace dos días no me hubieran sacado esa confesión ni con el suplicio de la gota de agua, porque no quiero verme en la calle. Pero ahora se lo digo, después de haber leído sus editoriales, Slattery: Sí, está podrido.

—¿Dónde piensa usted que va el dinero que saca con el sistema propio de protección?

—Se lo reparten entre Merwitz, Myers y él, supongo.

—Lombard, creo que es usted nuestro hombre.

—¿«Nuestro», Slattery?

—Sí. Nuestro.

—Le prevengo una cosa: si tomo ese puesto, no recibiré órdenes de nadie. No seré el «hombre de nadie».

—Lombard, si no me hubiera dicho usted eso, le hubiera dicho al comisionado que no me servía. Que no servía a la ciudad. ¿Entendido?

—Por completo. Quise que quedara bien claro.

Se puso en pie.

—¿Cuándo, Slattery?

—No se lo puedo decir aún. Pero no creo que tarde ni dos días. Por cierto: usted habrá oído hablar de algunos ajustes de cuentas, al parecer, que se han producido últimamente. ¿Quién cree que sea la otra parte digamos... litigante?

—Tengo una idea. Y si ocupo el cargo de Kommas, lo impediré. Esto, si quiere, puede tomarlo por una amenaza.

Jim sonrió.

—De acuerdo. Espere en su despacho, y no hable a nadie de todo esto.

—O. K., Slattery.

Lombard se marchó. Jim se puso en pie.

—¿Viene conmigo, Smith?

—Cómo no, amigo.

Judy se les quedó mirando.

—¿Dónde vas, Jim?

—Lo que no sepas...

—No me hará daño, lo sé. Pero... bien, Lois y yo procuraremos que todo siga adelante. He enviado las copias que me dijiste. Pero, no el juego completo, sólo unos cuantos de los documentos. Necesitamos ser nosotros quienes demos el pisotón, cariño.

—¿Dijiste que eras una periodista fracasada, Jud? Voy creyendo que te calumnias. Lo has hecho muy bien.

Le pasó el brazo por encima de los hombros.

—Esperadme aquí, ¿quieres?

Salieron. Al Regar a la puerta, Smith se quitó el sombrero, cosa que no hacía casi nunca. Jim lo mire.

—¿Una seña, Smith?

—Por cierto, amigo. Indico que me largo y que lleven cuidado. ¿Dónde vamos, a ver a esos tipos? —Sí.

—Vamos.

Entraron en el coche y salieron de la ciudad en pocos minutos. Una de las veces, Smith se volvió.

—Llevamos cola —dijo.

—Un coche negro —respondió Jim—. Lo he visto. No será de los suyos, ¿verdad?

—No. Ésos son los otros, apuesto en ello diez centavos.

—Los voy a despistar. ¿Dónde está el lugar?

—Es un garaje, almacén, a la salida norte.

—¿En Mesita?

—Creo que se llama así.

—Muy bien, agárrese, Smith. Y espero que los hombres de Lombard no me cacen por infringir las leyes de velocidad.

Apretó el acelerador y siguió por la autopista de Tucson. Cuando iba a llegar al primer desvío en «ocho» aumentó aún más la velocidad, sin encender los intermitentes. Llegado al desvío, y

aprovechando que entre el coche seguidor y el suyo había otros dos vehículos, giró de pronto a la derecha y se metió en el desvío.

Lo siguió a toda marcha —casi ciento diez millas—, girando a la izquierda. Smith estaba vuelto hacia la ventanilla posterior.

—No han podido coger el desvío. Oiga, amigo, usted lo ha hecho muy bien.

Jim no respondió. Volvió a salir a la autopista, pero ya en dirección contraria. El otro coche acababa de meterse en el desvío, en ese momento.

—Si tienen radio, podrán localizarnos más tarde, pero trataremos de que sea ya tarde para ellos.

Lo consiguieron. Llegaron a Mesita en poco tiempo. Jim metió el coche en una callejuela, siguiendo las indicaciones de Smith. Poco después, éste le indicó que parase ante una gran puerta metálica.

Smith se paró, dio dos golpecitos en la puerta y ésta se abrió.

—Meta el coche dentro.

Jim lo hizo. La puerta se cerró a sus espaldas.

Un hombre bajito los esperaba. Hizo un signo de saludo a Smith y luego los precedió por una escalera de caracol, hasta el piso alto, un pequeño tabuco de paredes blanqueadas.

Y allí estaban. El hombre de la camisa rosa y los dos jóvenes de las cazadoras de cuero.

Con ellos habían otros dos hombres en mangas de camisa y con arneses en los hombros. Se pusieron de pie al entrar Smith.

—¿Novedades? —preguntó éste.

—Ninguna, jefe.

—Bueno, ¿no han hablado?

—Lo esperábamos a usted, jefe.

Smith se quedó mirando a los hombres de las cazadoras de cuero. Éstos los contemplaban con caras terrosas por el temor.

—Bueno, chicos. Rápidamente. No puedo perder el tiempo. ¿Quién os dijo que teníais que colocar el plástico y dónde habíais de hacerlo?

—Verá, nosotros...

Smith hizo una seña relampagueante con la mano. Sus dos hombres sacaron de los bolsillos los nudillos de hierro y avanzaron.

—¡Eh! Esperen. Nosotros no ocultamos nada. Fue Muriel.

—¿Y a él, quién le da órdenes?

—Eso no lo sabemos, palabra. A nosotros nos dieron quinientos pavos por colocar la maleta en el vestíbulo del periódico, tan pronto como pudiéramos. Teníamos que darle una vuelta a la llave de la maleta. Eso bastaba.

—¿Cuánto tiempo tardaría en estallar la «sopa»?

—Pues... nos dijeron que media hora.

—¿Dónde está Muriel?

—No lo sabemos, palabra.

—Pero sí dónde os dio el dinero y la maleta.

—Eso sí, claro. Lo hizo en el Mokambo.

Smith miró a Jim. Éste asintió.

—Bien, muchachos, vais a permanecer aquí durante algún tiempo. Después, ya veremos.

Smith se dirigió a uno de sus hombres.

—Coge eso, Snoopy. Coge esa maleta y ven con nosotros. ¿Dónde la llevamos, míster Slattery?

—Con nosotros. Vamos a ver a Muriel, si es que podemos cogerlo.

Uno de los hombres cogió la maleta cuidadosamente. Smith le aplicó el oído a uno de los laterales.

—No se oye nada. Cristo, no me gusta llevar esto.

—No lo tendrá encima mucho tiempo, Smith. Vamos. Los tres bajaron las escaleras.

—No cogeremos el coche de la señorita Slattery —dijo Smith—. Es el que estarán buscando ellos, seguro. Iremos en otro.

Subieron a un «Dodge» sedán, de color verde oscuro y el hombrecillo abrió la puerta de acero. Salieron.

—Smith —dijo Jim curiosamente—, a título de información, solamente, ¿cuánta gente ha enviado Vitali a Prescott con usted? Parece disponer de un número ilimitado de hombres.

—No, no son muchos, pero el jefe echó el resto. Me dijo: «Car... Smith, el hombre al que quiero que echéis una mano es el que me entregó viva a Rosalía cuando Zanneti me la raptó. No quiero que reparéis en gastos, ni en nada. Llévate a los hombres que necesites, y pobre de ti si no haces todo lo que míster Slattery te diga», y aquí estamos. Me traje cinco hombres y me entrevisté con un amigo aquí. Y no me pida que le dé su nombre, porque no pienso hacerlo.

—No se lo pediré, Car... Smith. Y me parece que estamos

llegando al Mokambo.

CAPÍTULO IX

El Mokambo estaba situado en Lañe Street, con vuelta a Tonto Street. El coche paró en la esquina anterior.

—Yo bajaré —dijo Smith—. A estas horas tiene que estar cerrado, pero habrá alguna manera de que le abran a uno.

Lanzó un silbido modulado. De una taberna mexicana, salió un hombre con lentes oscuros. Smith habló unos instantes con él.

Volvió al coche.

—No se ha visto a ese Muriel. Pero pudiera estar dentro ya.

—Vamos a la puerta posterior —ordenó Jim—. Yo iré delante.

—No, con permiso, amigo. Iré yo.

Smith se adelantó, entró en Tonto y se dirigió hasta una puertecilla marcada con la palabra «Exit».

Llamó. Nadie respondió.

En el calor de la tarde. Tonto estaba vacía. Smith miró a uno y otro lado, y luego sacó algo del bolsillo. Sus dos hombres y Jim se le acercaron.

—Tú, a la puerta principal —ordenó Smith al de los lentes oscuros—. Si trata alguien de salir por ahí, acorraladlo con el coche y metedlo dentro. Que no escape ni una rata, Donald *Duck*.

—Conforme.

Smith hurgó en la puerta y la abrió. Los tres se colaron en un pasillo alargado, que olía a polvo y a sudor. Todo ello sin ruido.

—Sigamos —dijo Smith en voz baja—. Creo que las habitaciones de la amiga de Muriel están arriba.

Fue cuando el pasillo desembocaba en una pieza mal iluminada por un ventanuco cuando encontraron la primera persona. Era un hombre en mangas de camisa, que estaba sentado en una silla con un periódico en las manos.

Al verlos se puso en pie. El hombre de Smith le cayó encima como un torpedo y lo golpeó con la culata del revólver en el brazo.

Al mismo tiempo, Smith le tapaba la boca.

—Contesta ahora y rápido o te mato —le dijo acercando mucho su cara a la del hombre—. ¿Dónde está el cuarto de la chica LaFrance?

El hombre miró hacia arriba.

—¿En el piso superior? —El otro asintió.

—Ve delante, pero si haces el menor movimiento o gritas, esto te va a agujerear el hígado.

Había sacado un cuchillo largo y afilado y se lo colocó al hombre en la espalda.

—¿Está sola?

El otro hizo un gesto negativo.

—Guía.

Atravesaron otras dos habitaciones y llegaron a una escalera. Fueron ascendiéndola a paso de lobo. Jim y el hombre de Smith llevaban las pistolas en la mano.

La escalera terminaba en un corredor a uno de cuyos lados había puertas.

—¿Cuál? —preguntó Smith en un murmullo.

El hombre señaló con la cabeza a la tercera.

—Yo —dijo Smith.

Su muchacho le dio al otro un fuerte golpe en la cabeza y lo dejó tendido en el suelo. Luego, los tres fueron hacia la puerta. Smith tocó el pomo, y lo volteó silenciosamente.

Luego, su hombre, con la pistola apuntando hacia adelante, penetró.

Entonces, la mujer gritó.

Smith empujó la puerta hasta que ésta tocó la pared, para evitar que tras de ella pudiera haber alguien. No lo había.

La mujer estaba en bragas y sostén, en medio de la habitación, con algo en la mano. Un paquete de tafetán o de vendas. Al fondo se veían las cortinas que Eraban seguramente un dormitorio.

El hombre de Smith cogió a la mujer y la arrinconó contra la pared, mientras Smith saltaba hacia las cortinas.

El disparo estuvo a punto de costarle la vida. La bala le pasó rozando la cabeza.

La mujer era joven y de cuerpo estatuario de bailarina. El pelo le caía sobre la espalda.

Smith se puso al lado de las cortinas, mientras una voz de hombre gruñía algo ininteligible.

Entonces Jim cogió un almohadón y lo lanzó contra las cortinas. Un nuevo disparo, ensordecido por el silenciador, lanzó al almohadón a lo lejos, pero ya Smith y Jim se precipitaron hacia el dormitorio.

Muriel estaba junto a la ventana, en camiseta, con la cara cruzada por dos tiras de esparadrapo. Alzó la pistola, pero Jim se le fue encima, golpeándole con el canto de la mano al mismo tiempo en la muñeca. La pistola de Muriel cayó al suelo.

Y entonces Smith lo tiró sobre la cama, sujetándolo. Jim lo ayudó.

—Así que tú eres el hombre que maneja el plástico —dijo Jim con los dientes desenfundados en una mueca feroz—. Así que tú eres quien envió a mi padre el...

Comenzó a golpear. En ese momento, una nube roja se había interpuesto entre sus ojos y lo que le rodeaba, sólo veía al tipo que había matado a su padre de aquella manera repugnante, brutal. Y quería matar, asesinar.

Smith lo cogió por un hombro, le hizo dar media vuelta y le golpeó ligeramente en la punta de la mandíbula.

Jim sacudió la cabeza, aturdido aún.

—Lo siento, Slattey, pero no creo que quiera matar a ese hombre, de verdad. No podría utilizarlo después.

—Gracias, Smith. Creo que perdí la cabeza.

Muriel yacía en la cama, despeinado el rubio pelo, y con un brillo de terror en las pupilas.

—Bueno —dijo Smith—. Tú fuiste quien envió el plástico al periódico, ¿verdad? Tus hombres han hablado. Más vale que lo hagas tú.

—¡Vete al diablo, maldito...! —Fue un murmullo ronco.

Smith frunció los ojos hasta convertirlos en dos rendijas.

—¿Así lo tomas, idiota?

Le golpeó en el vientre con el canto de la mano. Muriel abrió la boca. El golpe en el diafragma le había cortado la respiración. Su cara se empurpuró.

—Ahora te vamos a dar con los nudillos de bronce, muchacho. No te va a quedar articulación sana. ¿Sabes lo que es andar toda la

vida con dos muletas y tener que coger las cosas con los dientes?

Sacó los nudillos del bolsillo de la chaqueta y se los puso en la mano derecha. Muriel lo miraba, intentando hablar, pero sin poder hacerlo todavía.

Smith alzó la mano. Un ronco graznido salió de los labios de Muriel. El hombre de Smith, conduciendo a la muchacha, que se había echado una bata por encima, había aparecido en la puerta del dormitorio.

—Yo... estoy herido.

—Más lo vas a estar cuando acabemos contigo. Habla, ¿mataste tú al señor Slaterry?

—Yo... no... Los nudillos cayeron sobre su rodilla derecha. Abrió la boca y lanzó un aullido.

—¿Sí o no? Si lo dices no te pego más. Si no ...

—Sí. Yo lo hice. Me lo mandaron.

—¿Quién?

Jim escuchaba con los ojos muy abiertos.

—No le peguen más, está herido —dijo la muchacha con voz desfalleciente.

—Que hable.

—Habla, Muriel. Por el amor de Dios, díles lo que quieren. Te van a matar.

—Fue Merwitz. El me dijo que lo hiciera.

—¿Lo confesarás ante un tribunal?

—Sí, lo diré, pero no me pegue más con eso.

Smith se volvió a Jim.

—¿Qué hacemos? Usted manda.

—Vamos a llevárnoslos. A los dos.

—No le he partido nada... todavía. Vamos, levántate, gallina.

Muriel se fue poniendo en pie, lentamente. Cojeando intentó alcanzar la camisa.

—No te preocupes de eso. Nosotros te daremos algo que ponerte. Se volvió a la muchacha.

—¿Hay alguien más en el Club?

—Nadie, que yo sepa.

—Vamos, entonces.

Cuando llegaron a los coches, metieron en él a los dos. Smith se quedó mirando la maleta.

—Slattery, ¿me permite que gaste una broma?

—¿Cuál?

—Dejar eso en casa de ese Merwitz.

—No puedo permitirlo, Smith, aunque bien sabe Dios lo que me gustaría hacerlo por mí mismo. Pero yo no puedo adivinar lo que va usted a hacer.

—Gracias, amigo.

Y luego:

—Los llevaremos al mismo lugar en que están 106 demás. ¿Le vale eso?

—Me vale.

—¿Vuelve usted al periódico?

—Sí. El artículo de esta tarde me está esperando. Y va a ser el...
Cerró los dedos en manojo.

—... Completo.

Lo fue.

Todo apareció ya allí. Fotocopias, acusaciones —respaldadas si fuese necesario ante un juez—, y opiniones. Cuando las rotativas cesaron, y las manos salieron a la calle en brazos de los vendedores, Jim se echó para atrás en la silla de su despacho, que aún olía a pintura.

—Jud, Lois... la bomba ha estallado.

Hacía exactamente tres horas que otra bomba había estallado en la casa de mister Merwitz, «conocido promotor de negocios». La bomba no había causado víctimas, ya que la casa estaba en ese momento vacía. Pero gran parte de ella había quedado destruida. Por supuesto, el *Herald* no decía una sola palabra de ello.

—¿Qué tal si nos emborrachamos? —preguntó Lois.

—Más tarde. Espero algunas llamadas telefónicas. Que comenzaron casi inmediatamente. El comisionado de policía le pedía que se acercase a la Jefatura. El alcalde le indicaba la posibilidad de mantener una entrevista, para discutir el planteamiento de la situación creada a la vista de...

El director del Banco le felicitaba sin rebozos.

El director de la Vita, compañía de seguros, le preguntaba veladamente si acaso el asalto sufrido en la compañía no tendría algo que ver con... Claro, naturalmente, no podía sospechar que el

hijo de Tob Slaterry...

Y el obispo Carmichael le preguntaba si no podría dirigirse a los fieles en la mañana del domingo, para explicarles bien en qué podían los fieles, tanto baptistas como presbiterianos, como católicos, colaborar en la operación de saneamiento de la ciudad, tan amada.

Y felicitaciones. Y ofrecimientos de ayuda.

Y algunos insultos. Y amenazas.

En la Jefatura, un comisionado perfectamente peinado, aunque un poco pálido, rodeado de periodistas, algunos de ellos venidos de Tucson, recibió a Jim. Le estrechó la mano con calor, y le dijo que el alcalde, a petición suya, había acordado destituir y procesar a Kommas, el cual se hallaba en prisión preventiva.

Luego se volvió a los periodistas y les habló de la Prensa, y su papel cívico, su valor material y moral y...

Lo dijo, durante media hora y resistió como pudo las preguntas.

Luego se encerró en su despacho con Lombard y con Jim Slaterry.

—Teniente Lombard —dijo—. Desde este momento es usted el jefe de policía de la ciudad de Prescott. Espero, naturalmente, que cumpla usted con su deber.

—Sí, señor —respondió Lombard.

Se volvió hacia Jim.

—¿Sabía usted que la casa de Merwitz ha sufrido un accidente?

—Sí, por cierto.

—Bien, voy a comenzar una investigación a fondo. Va a ser mi primer trabajo...

Se quitó los lentes y los limpió cuidadosamente.

—El segundo, en realidad. El primero será el interrogatorio de los testigos que usted nos ha traído.

Jim apretó los labios.

—Esperaba eso, Lombard.

—Por supuesto. Y... Slaterry. ¿Usted se piensa quedar en la ciudad?

—No lo sé aún. Tengo que consultarlo.

—¿Con la almohada?

—Pues... tal vez.

Sonrió.

—Señores, he trabajado duro estos últimos días. Quiero emborracharme con tranquilidad. ¿Algo que oponer?

—Por mi parte, y siempre que no arme escándalos en la calle...
—respondió Lombard, sonriendo.

—¿Lograron coger a Merwitz?

—Con un pie en el avión. Y Myers ha presentado su renuncia a la concejalía —indicó el comisionado—. El juez Lewis ha decretado orden de prisión preventiva contra él.

—Entonces... buenas tardes.

Salió y se dirigió al periódico. Smith, Judy y Lois lo esperaban.

—Smith, venga a mi despacho.

Cerró la puerta.

—Smith, haga la del humo. Y déle las gracias a Vitali.

—Sin nombres, ¿no?

—Por cierto, ¿cuál es el suyo?

Smith sonrió.

—Carmino. Pero no le daré el apellido.

—Ni yo se lo pido. Solo... adiós y hasta la vista. No sé cuál de las dos cosas.

—Adiós, amigo.

Se estrecharon las manos.

—¿No tiene tiempo de emborracharse conmigo, Smith?

—Pues... me gustaría. Es usted un tipo de los que me gustan, y además sacó a Rosalía de su apuro, pero... nos tenemos que marchar.

—Adiós. Se estrecharon las manos.

Luego, Smith se marchó.

Y Judy entró.

—Coge el cuaderno. Te voy a dictar dos telegramas. El primero es para Della Rossa, en... —44, Oeste. N. Y. —respondió ella.

—¿Cómo lo aprendiste tan rápidamente?

—Las señas se me quedaron en la memoria cuando me dictaste el primer telegrama. Si hubiera sido una mujer...

—¿Qué hubieras hecho?

—Enviarle un tirón de pelo por correo.

—Escribe: «Gracias, Daisy».

—¿Nada más?

—Nada más.

—Y el segundo supongo que será para McNulty, en el *Telegraph*, N. Y.

—Sí.

La chica lo miró profundamente a los ojos.

—Y dirá que vuelves, cumplida la misión, ¿no?

—Escribe y no comentas. «Mac, pégame un puntapie en el trasero, pero a no ser que la chica que está tomando este telegrama en taquigrafía diga otra cosa, puedes despedirte de tu mejor reportero».

Ella respiró profundamente.

—Postdata —dijo—. «La chica dice que le pegue usted el puntapié porque de aquí no se mueve. Judy».

—Podrías haber añadido que no volvería debido a que me casaba —dijo Jim.

—Eso no le importa a nadie más que a nosotros, Jim. Y ahora, ¿nos emborrachamos o qué?

La cabeza enorme de Lois apareció en la puerta.

—Pero, bueno, ¿cogemos esa borrachera o no? —dijo.

FIN



Las mejores obras de:
**"SUSPENSE", ESPIONAJE
Y POLICIACAS**
escritas por los mejores
autores del género



Más de 1.200 títulos en sólo dos
colecciones son prueba evidente
del favor que el público dispensa
a nuestras series populares



EDITORIAL BRUGUERA, S. A.

MORA LA NUEVA, 2 - BARCELONA (España)

PRECIO EN ESPAÑA: 10 PTAS.

Impreso en España

